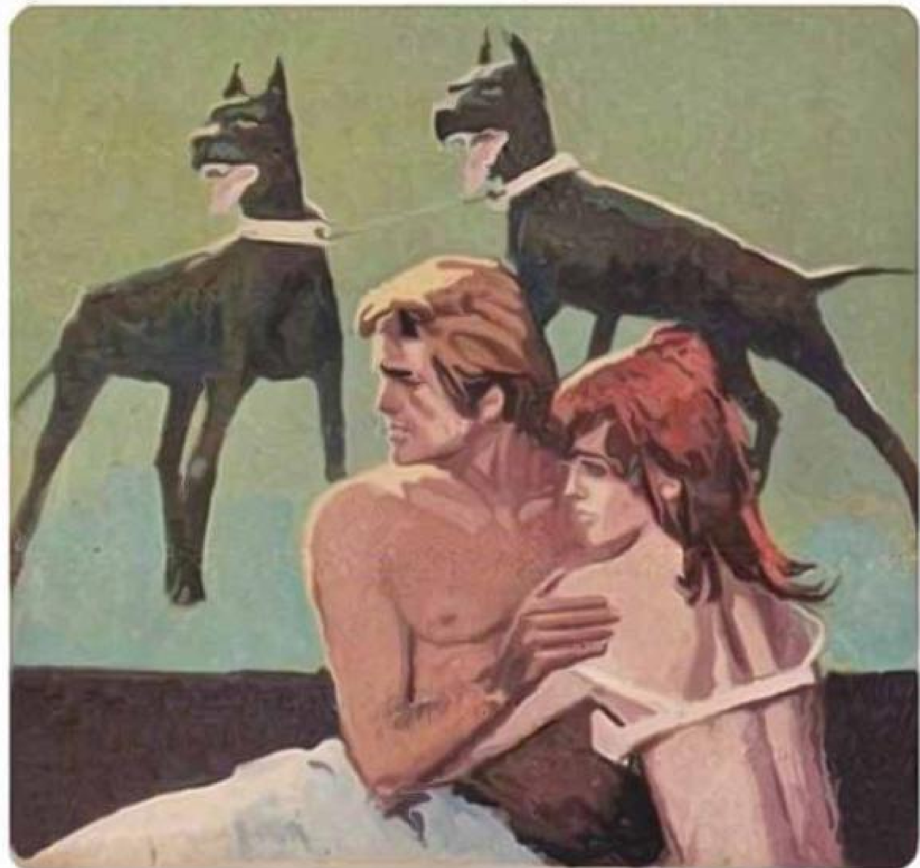
BOLSILIBROS BRUGUERA

POLICIACA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

VISITA AL ZOO




COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

VISITA AL ZOO

Colección LA HUELLA n.° 12
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 37.987 - 1974
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: *noviembre, 1974*

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRELUDIO

Nora Ackerman puso en marcha el coche, maniobró, y emprendió el regreso hacia la Nacional 1.

Por ésta, fueron hasta Dania, en dirección a Miami. Pero no iban a Miami, evidentemente. Al llegar a Dania, su acompañante le indicó que abandonase la autopista, y poco después rodaban por una amplia avenida llena de palmeras… En determinado momento, Nora Ackerman vio una indicación: estaban en Stirling Road.

Nora miró de reojo al hombre que la acompañaba, después de haberla recogido en el lugar indicado para la cita, en Port Everglades. Ella había llegado allí procedente de Miami, y al poco tiempo el hombre había aparecido junto al coche.

—Soy yo, señora Ackerman —se había presentado ambiguamente—. Supongo que reconoce mi voz.

—Sí… Sí.

El hombre había entrado en el coche de Nora.

—No debe preocuparse por su marido, señora —aseguró—. En realidad, ha sido él quien me pidió que la llamase. Supongo que ha venido usted sola.

—Oh, sí… ¡Sí, desde luego!

—¿No le ha dicho nada a nadie? Quiero que entienda que es su marido quien está en dificultades, señora Ackerman, no yo. Yo sólo estoy intentando ayudarles.

—Gracias… No, no le he dicho nada a nadie, he venido sola, de veras… ¿Dónde está Bob? ¿Qué ha ocurrido?

—No se moleste usted conmigo, señora Ackerman, pero preferiría que fuese su marido quien contestase esas preguntas. Yo la voy a llevar donde está él, ustedes se dicen lo que tengan que decirse, y luego, si ya no me necesitan, volveré a mi apartamento.

—Sí… Le comprendo.

—Gracias, señora Ackerman. Regrese hacia la Nacional 1, y a partir de ahí, le iré indicando el camino.

De este modo habían llegado, finalmente, a Stirling Road. Y, por Stirling Road, continuaron hacia el Este. Finalmente, la avenida terminó, pero el acompañante le indicó un camino de tierra, y Nora metió el coche por allí.

La verdad era que estaba asustada. Cada vez más asustada y arrepentida de haber aceptado aquella cita, la compañía de aquel hombre que tan amable se mostraba… Pero, justo cuando su inquietud alcanzaba el grado máximo, el hombre señaló hacia delante.

—Ahí, en esa granja, señora Ackerman.

Nora vio entonces la luz, en el recuadro de una ventana. Ya no podía hacer otra cosa que seguir las indicaciones del hombre, así que, segundos después, detenía el coche delante de una vieja casa. Aún no había parado el motor cuando la puerta de la casa se abrió, y apareció un hombre, seguido por dos grandes perros que debían ser negros, porque le parecieron sombras… Se acercaron los tres, en silencio.

—¡Hola, Ketter! —saludó el hombre que había salido de la casa, inclinándose hacia la ventanilla del acompañante de Nora—. ¿Qué tal, señora Ackerman?

—Bien… Bien. ¿Mi marido… está aquí?

—Desde luego. Venga, por favor: él la está esperando.

Comenzó a rodear el coche, pero ella no esperó a que le abriese la portezuela. Se apeó, y se reunió con el hombre. Ketter se había apeado también, y acariciaba la cabeza a los dos perros, que le olfateaban y movían alegremente el rabo, muy corto.

—Son unos muchachos formidables —le sonrió Ketter—. Tamblin y yo los hemos entrenado, y hemos llegado a la conclusión de que tienen más inteligencia que algunas personas. ¿Verdad, Tamblin?

—Sin duda alguna —replicó el otro—. Pero estamos entreteniendo a la señora Ackerman, y es de suponer que ella, lo que desea es reunirse con el señor Ackerman. Por aquí, por favor, señora.

Se dirigieron hacia la casa, seguidos por los silenciosos

Doberman.

—¿Ha preparado Crosk, todo, para las fotografías?

—Sí, todo está a punto —asintió Tamblin—. Terminaremos en seguida. También he informado de la ausencia de Bridgett, para que nos envíen una sustituta. Nos llamará desde Miami… Por aquí, señor Ackerman.

Habían entrado en la casa, que, en efecto, era vieja, y se veía polvorienta. Tamblin señalaba un corto pasillo, en el cual aparecía otro hombre, alto y fuerte, de cabellos cortos y encrespados, sosteniendo una cámara fotográfica con *flash*.

—¡Hola! —saludó alegremente—. Encantado de conocerla, señora Ackerman.

—Muy amable —susurró Nora.

—Su marido está en ese cuarto —señaló Crosk una puerta.

Abrió la puerta con la mano libre, y se apartó. La luz estaba encendida, así que, cuando Nora entró, vio en seguida a su marido. Ella entró. Se quedó con la boca abierta. Más que abierta, desencajada por el espanto. Quedó congelada de terror, lívida como un cadáver, contemplando con ojos desorbitados el de su marido.

Es decir, si *aquello* era realmente Robert Ackerman. Parecía él, en líneas generales, y llevaba aquel traje… Pero su rostro había desaparecido prácticamente, y lo que quedaba de la cabeza colgaba como un pingajo, fuera de la mesa en la que había sido colocado. Sus ropas estaban desgarradas y llenas de sangre…

Era una visión tan espantosa, que Nora Ackerman no podía ni comprenderlo, ni reaccionar en modo alguno. Estaba paralizada, muda.

Y entonces brilló el fogonazo del *flash* que la hizo reaccionar. Parpadeó, y vio delante de ella al hombre de la cámara fotográfica, que acababa de tomarle una fotografía y le sonreía amablemente.

La barbilla de Nora comenzó a temblar. Volvió a mirar lo que quedaba de su marido, y se dio cuenta de que no estaba solo en aquella especie de mesa tan grande… No. Había alguien más con él… Como una autómata, se acercó. Sólo un paso, porque ya pudo ver el cadáver de la muchacha, junto al de Bob. Miró su rostro y respingó, al ver el pozo en que se había convertido un ojo…

A punto de desmayarse, se volvió hacia los hombres que la acompañaban, y entonces, Crosk disparó otra fotografía, de tal

modo, que quedaron encuadrados los dos cadáveres detrás de Nora Ackerman.

—Su marido complicó las cosas, señora Ackerman —dijo el muy amable Ketter, que se estaba poniendo unos guantes de negra y sólida piel—. Mató a Bridgett, y luego los perros lo mataron a él, cuando intentaba escapar. Bridgett nos había llamado, dijo que llamaría dentro de cinco minutos, pues llamaban a la puerta, y nosotros esperamos.

Pasaron cinco minutos, diez, quince… Llamamos nosotros a Bridgett, pero el teléfono comunicaba. Nos pareció extraño, pero esperamos un poco más, y volvimos a llamar. Esto era algo que no debía suceder, pues Bridgett tenía que terminar la conversación con nosotros en primer lugar. Pero, aún volvimos a llamar: el teléfono seguía comunicando.

Ya no esperamos más: Tamblin y yo nos pusimos en camino hacia la casita de Bridgett. Sí, señora Ackerman: su marido lo complicó todo. Y no podemos dejarla viva a usted, ¿comprende? Cuando los otros clientes del zoo se enteren de la desaparición de ustedes dos, callarán. No van a arriesgar nada por ustedes. Pero usted quizá removería demasiado las cosas, si su marido no regresaba; hablaría del viaje, del zoo… En lo posible, queremos evitar esto, ¿comprende?

Ketter alzó las manos, y ella las miró, vivamente, desorbitados los ojos. En aquel mismo instante comprendió por qué se había puesto guantes aquel hombre. Abrió la boca y comenzó a gritar… Un grito largo, agudo, terrible…

En ese momento, Crosk le tomó otra fotografía.

Y acto seguido, Ketter la agarró por el cuello, apretando, de pronto. Fue como apagar una radio: la voz de Nora dejó de oírse inmediatamente.

—Toma dos o tres fotos mientras la estrangula, Crosk —dijo Tamblin.

Y Crosk lo hizo.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Lo hiciste? —rió Mike Bowles—. Cliff, ¿de verdad lo hiciste?

Clifford Nash miraba con expresión afable a su amigo y ayudante, el joven, simpático y dinámico Mike Bowles, que, sentado delante de su mesa, reía y se palmeaba los muslos bajos los efectos de la pequeña anécdota recién contada.

Hacía un día espléndido de sol, el cielo estaba azul diáfano, la vida era amable… Allí, en el despacho privado que Cliff Nash se había instalado en la Nash Investigations, todo parecía amable y risueño.

Todo, excepto, quizá, el propio Clifford Nash, alma y cerebro de la agencia de investigaciones privadas. Y por supuesto, propietario único, jefe absoluto. No es que Cliff Nash careciese de amabilidad, y de capacidad de reír, pero habitualmente, sus angulosas facciones permanecían con la impavidad de una piedra.

—Pues sí —admitió—, lo hice.

—¡Por mi abuela…! ¡Eso estuvo muy mal, Cliff!

—Me parece que sí —reflexionó Cliff—. Pero ya sabes que no soporto la imbecilidad, Mike. Comprendo muy bien que las mujeres tienen su propio modo de ser, que esencialmente es diferente de los hombres… Comprendo eso. Y tolero que sean tontitas, que hagan monadas, que sean coquetas, que se pinten… Bueno, todas esas cosas propias de las mujeres. Todo, menos la imbecilidad. Y esa chica era imbécil, Mike.

—¡Te creo! ¡Pero, hombre, eso de dejarla desnuda dentro del ascensor del hotel…!

—Bueno, no fue exactamente así, entiéndelo. Estábamos en la habitación y, de pronto, me pareció tan imbécil, que sin más, me puse en pie y me marché.

Ella demostró que era imbécil, una vez más: se vino detrás, se metió en el ascensor…

Tut-tut

, sonó el intercomunicador.

Clifford Nash bajó la palanquita.

—¿Sí, Trudy?

—Señor Nash —sonó la voz de su secretaria—, tiene una llamada por la línea tres.

—¿Quién es?

—La señorita Ophelia Prince: es secretaria de un abogado.

—Gracias.

—¿La conocemos? —preguntó Mike.

Nash movió negativamente la cabeza, cerró el intercomunicador, apretó el botón número tres del teléfono, y descolgó el auricular.

—Soy Clifford Nash. ¿En qué puedo servirla, señorita Prince?

—¿…?

—Ése es mi trabajo.

—¿…?

—Naturalmente. ¿Debo ir yo, o va a venir usted?

—…

—Ningún inconveniente. Dígame la dirección, por favor.

—…

—Miami Beach, 212 de la 9th Street. Muy bien. ¿Es urgente?

—…

—Estaré ahí dentro de veinte minutos… De nada. Hasta ahora mismo, señorita Prince.

Colgó el teléfono, se puso en pie, y fue hacia el armario. Sacó la chaqueta, se la puso y se dirigió hacia la puerta, contemplado por Mike Bowles, el cual, en el tiempo que llevaba trabajando para Clifford Nash aún no había conseguido acostumbrarse a dos cosas. Una: la estatura de Cliff Nash. Dos: su rapidez de acción y determinación. Si había algo que hacer, se hacía. No mañana, ni dentro de cinco minutos… Se hacía ahora. Y por supuesto, si Mike Bowles había alcanzado el segundo puesto en la Nash Investigations se debía, precisamente, a que pensaba igual que Cliff Nash…, sólo que un poquito más despacio.

De todos modos, Nash tenía treinta y cuatro años, y él sólo veintiséis.

—Si dentro de una hora no me has llamado —dijo Bowles— es que hoy no tenemos partido de tenis.

—*Okay* —dijo Nash.

Y salió.

Cruzó el antedespacho, saludando a Trudy, que se quedó suspirando. Poco después, estaba en el aparcamiento subterráneo. Se metió en su coche, salió a Biscayne Boulevard, y descendió por éste hacia la N. E. 38th Street; pasó por delante de Stearns Park, y casi sonrió cuando comenzó a ver la hermosa Biscayne Bay. Minutos después, rodaba por Julia Tuttle Causeway, cruzando la bahía en dirección a Miami Beach.

Y alrededor de veinticinco minutos más tarde, detenía el coche delante del 212 de la 9th Street. Un poco más allá, vio una plaza de estacionamiento. Dejó el coche allá, y entró en el edificio, de siete plantas. Muy bien, en el 212 de la Calle Nueve, pero… ¿en qué piso, en qué despacho de aquel edificio?

Ningún problema para un investigador privado. La señorita Prince era secretaria de un abogado, así que miró en la tablilla los nombres de los ocupantes de los despachos, localizó el nombre de un solo abogado, un tal Edward T. Donner, y tomó el ascensor.

Casi media hora después de su conversación con la señorita Ophelia Prince, Clifford Nash se detenía ante la puerta del despacho del abogado Donner. Llamó al timbre, y la puerta fue abierta por una mujer de unos cincuenta años, con lentes, mirada viva, y un confortante aspecto de eficiencia y seriedad.

—¡Buenos días! Soy Clifford Nash. ¿Señorita Prince?

—Pase, señor Nash —la mujer cerró la puerta, y le sonrió—. No, no soy la señorita Prince. Ella está con el señor Donner… Tengo instrucciones para hacerle pasar inmediatamente.

—Muchas gracias.

De un solo vistazo, Nash se había dado ya cuenta de que el cliente podía valer la pena.

Primero, porque era abogado, lo cual hacía suponer, cuando menos, una conversación inteligente. Segundo, porque tenía buen gusto, lo cual era algo que Nash admiraba.

Tercero, porque sin la menor duda, era un abogado rico, es decir, que podía pagar sin pestañear los carísimos servicios de la Nash Investigations.

Nash entró en el despacho del abogado. Y de este modo tan sencillo y simple, conoció a la señorita Prince. Ophelia Prince. Ella estaba sentada delante de la mesa, en un sillón, con las piernas cruzadas. Solamente con verle las piernas, se comprendía que lo demás tenía que ser de la misma altísima calidad, pero Nash quiso asegurarse.

No fue nada difícil. La señorita Prince permaneció sentada, mirándolo con curiosidad, mientras la inexpresiva mirada del detective privado se recreaba en su extraordinaria belleza. Ophelia Prince tenía los ojos de un sorprendente color dorado, los labios alargados y gorditos por el centro, y una barbilla que, además de ser encantadora, evidenciaba una firmeza de carácter poco común. Bellísima.

—Soy Edward Donner —se había adelantado el abogado hacia Nash, con la mano tendida—. Y ella es la señorita Prince, con la que ha concertado usted la cita. Le agradezco que haya venido, señor Nash.

Éste aceptó la mano de Donner, y saludó con un gesto de cabeza a la señorita Prince, cuya mirada seguía mostrando una gran curiosidad, como si él fuese un bicho raro.

—Por favor, siéntese. —Donner señaló el sillón que estaba en diagonal, con respecto a la mesa y al que ocupaba Ophelia Prince—. Y si le parece, señor Nash, iremos directos al asunto.

Nash se sentó, diciendo:

—Nunca se me ha ocurrido hacerlo de otro modo.

—Bien. —Donner parpadeó y sonrió—. Bien. ¿Café?

—No, gracias. Pero sí aceptaré un cigarrillo: se me han terminado los míos mientras venía hacia aquí.

Donner le ofreció los suyos. Y *ya* fumando, Nash dirigió una veloz mirada a la señorita Prince, que seguía mirándole como si fuese un bicho raro; así que el detective privado comenzó a mosquearse. No era guapo, pero tampoco era feo. No tenía cicatrices, ni era tan alto que mereciese asombro, ni vestía de modo estrafalario, sino, por el contrario, lo hacía muy correctamente. Y ni siquiera llevaba barba.

Pero cuando Donner comenzó a hablar, comprendió en el acto el interés, la curiosidad con que Ophelia Prince le miraba.

—Señor Nash, ayer encargué a la señorita Prince que buscase el

mejor detective privado de Miami, y ella se dedicó a la selección. Parece ser que su prestigio es impresionante, señor Nash.

Cliff parpadeó lentamente.

—Sólo soy una persona que quiere hacer bien su trabajo.

—Eso es magnífico… Y poco frecuente. ¡Mmm…! Mis instrucciones para la señorita Prince, respecto a la búsqueda del detective privado que pretendo contratar, estaban basadas en dos puntos ineludibles: eficacia y seriedad.

—También soy un hombre serio —mascullό Cliff—. Tanto, que me permito a mi vez seleccionar mis clientes, señor Donner.

La señorita Prince sonrió. Y lo hizo de tal modo, que Cliff quedó tan turulato que casi no oyó la respuesta de Donner:

—Espero que nosotros mereceremos su aprobación, del mismo modo que usted ha merecido la nuestra. Pasaremos al asunto en cuanto quede bien entendido que, para usted, el secreto profesional es tan serio como para mí.

—Lo es.

—De acuerdo. Empecemos por el principio. Anteanoche, a las ocho, estaba invitado a una fiesta que daban mis amigos, los Ackerman, así que a esa hora fui a su quinta, en Di Lido Island. Cuando llegué allá, Robert Ackerman no estaba, pero me dijeron…

—Perdone. ¿Quién le dijo qué? ¿Con quién habló usted?

—Con Nora Ackerman, la esposa de Bob.

—Entiendo. Siga, por favor.

—Bien… Me extrañé al no ver en casa a Bob. Al fin y al cabo, era su fiesta. Nora me dijo que había tenido que salir a hacer algo. No me sorprendió, porque Bob tiene muchos negocios…

—¿Honrados? —cortó Nash, con la mirada fija en el techo.

—¡Caramba, sí…! ¿Honrados? ¡Naturalmente que sí!

—Admisible. Bueno, el señor Ackerman no estaba. ¿Y…?

—Nora aseguró que llegaría a las ocho. Pero no fue así. Tal vez estaba ultimando algún negocio… En fin, la fiesta empezó sin él. No teníamos ninguna preocupación. Al cabo de un rato Bob me llamó por teléfono, a su propia casa, se entiende. Y sostuvimos una conversación. La señorita Prince la ha pasado a máquina. Prácticamente, es textual… Me gustaría que la leyera.

Cliff tomó la cuartilla que le tenía la señorita Prince. Y allá estaba, escrita muy pulcramente, a máquina, la conversación.

«—¿Ed?

»—¿Qué ocurre, Bob, desde dónde…?

»—No me hagas preguntas. Sólo escúchame bien: estoy en el 512 de la West 4th Avenue, en Hialeah. Es una casita… Ed: he matado a una chica.

»—¡Por Dios!… No te muevas de ahí, Bob. ¿Me oyes? ¡Voy en seguida!

»—Sí, sí, está bien, te espero…

»—Y no toques nada.

»—¿Que no toque nada? Ya no es posible… ¡He revuelto toda la casa!

»—¡No has debido hacerlo!

»—Lo siento…

»—¿En qué clase de lío te has metido, Bob?

»—Pues… Bueno, es un poco largo de explicar. En realidad, lo que me ha sucedido a mí hubiese podido sucederle a Noah o a Albert, ya que fuimos juntos al zoo… ¿Están ellos en casa?

»—Sí, claro. Son tus invitados, como yo…

»—No les digas nada, Ed. No le digas nada a nadie, ni siquiera que has hablado conmigo. A Nora, tampoco… A nadie. Y menos que a nadie, a Nora, a Albert Hodden o Noah Lamarr.

»—¿Por qué a ellos menos que…?

»—¡No me hagas más preguntas y ven! ¡Ven cuanto antes, eso es todo!».

—Me gustaría estudiar más detenidamente esta conversación —dijo Cliff, al terminar la lectura—. ¿Puedo quedármela?

—Esa copia es para usted —le sonrió Ophelia Prince, hablando por primera vez.

—Gracias. ¿Qué más, señor Donner?

—Pues naturalmente, fui allá, a esa casita. Bob no estaba allí. Tampoco había ninguna muchacha muerta, pero sí había sangre en el dormitorio. Y, ciertamente, toda la casa estaba revuelta… Pensé que Bob había estado buscando algo, en ella. Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias de la llamada de Bob, me asusté. Así que pensé que lo mejor era llamar a la policía.

—¿Lo hizo?

—Sí, sí… Llegaron en dos coches. Les dije que un amigo mío me había citado allí y que, al llegar, no lo había encontrado, ni

tampoco su coche, por lo que, al encontrar la casa revuelta, me había asustado. Me preguntaron si sabía quién vivía allí, y les dije que no lo sabía… El policía que dirigía la investigación era un tal teniente Cassidy, del Police Department, Sección de Homicidios.

—Conozco el tipo —casi sonrió Nash.

—Como no haba ni sombra de Bob, el teniente Cassidy dejó a sus hombres buscando huellas y haciendo indagaciones. Mientras tanto, él y yo nos fuimos a casa de Bob Ackerman. La fiesta había terminado, ya que Nora también se había marchado. El mayordomo, Charles, nos dijo que ella había recibido una llamada telefónica…

—¿De su marido?

—No. Charles atendió el teléfono, y aseguró que no había sido Bob quien había llamado a Nora. El caso es que ella se marchó.

—¿Qué coche utilizaba el señor Ackerman?

—Un «Lincoln». Bien, eso fue el jueves por la noche. Yo me fui a casa, diciéndole antes a Charles que en cuanto supiese algo de los Ackerman, me avisase. Pero no lo ha hecho.

Ninguno de los dos ha aparecido. En cambio, ayer, viernes, vino a verme el teniente Cassidy. Me dijo que había encontrado manchas de sangre en la parte de atrás de la casa, en el césped. Y hasta algún pequeño pedazo de carne…

—¿De carne?

—Carne humana. Creemos que es de Robert Ackerman.

El detective se quedó mirando atentamente al abogado, que ahora estaba un poco pálido, impresionado. También lo estaba la señorita Prince, que, por supuesto, había dejado de sonreír.

—¿Por qué creen eso?

—El teniente Cassidy se las arregló para localizar una clínica donde hace unos meses Robert Ackerman fue intervenido quirúrgicamente. Una vulgar apendicitis. Pero, claro, en su historial constaba su grupo sanguíneo y demás datos, que coincidían con la sangre encontrada en el césped y con… con el trozo de carne.

—¿Sabemos a qué parte del cuerpo corresponde ese trozo de carne?

—Parece ser… que a la garganta… Al cuello.

—Al cuello, pero en la parte de la garganta, no del pescuezo.

—¡Sí… sí, exactamente! Yo creo que Robert Ackerman me

estaba esperando en la casa de la muchacha cuando sucedió algo que le hizo huir, por la ventana del dormitorio. Pero le alcanzaron.

—¿Quiénes?

—No sé. Pero… no parece propio de un ser humano eso de… arrancar pedazos de carne.

Cliff Nash bajó la mirada hacia el papel, y permaneció unos segundos pensativo, antes de murmurar, sin alzar la mirada:

—¿Le parece a usted que pudo arrancarle ese pedazo de carne al señor Ackerman algún animal del zoo?

—No sé.

—Naturalmente. —Nash alzó la mirada—, no tienen ustedes noticias del señor o la señora Ackerman.

—No, ninguna. Y tampoco ha sido hallado el cadáver de la muchacha que Bob dijo haber matado.

—Entiendo que esta parte de la muerte de la muchacha no la ha comunicado usted a la policía.

—No… Todavía no. Estoy desconcertado, y creo que hasta un poco asustado, señor Nash. Ya ve usted que Robert Ackerman, en la conversación por teléfono, mencionó a nuestros comunes amigos Albert Hodden y Noah Lamarr, así como el zoo… Pues bien: ayer estuve a ver a Noah y Albert, y les dije que algo había ocurrido con Bob Ackerman.

Les mencioné sus propias palabras sobre que ellos habían ido con él al zoo…, y ellos lo negaron.

—¿Negaron haber estado en el zoológico? ¿Por qué?

—No lo sé. Los dos palidecieron…

—¿Habló con los dos a la vez?

—Sí, sí. Yos cité en un bar; quería hacer las cosas con discreción, sin mencionar que Bob había desaparecido, con Nora, ya me di cuenta de que se ponían nerviosos. Cuando les hablé de la visita al zoo que habían hecho juntos, lo negaron. Aseguraron que no sabían de qué les estaba hablando, y se fueron. Estuve meditando la conveniencia de ir a contarle todo lo que sé al teniente Cassidy, pero… Bien, ellos son mis amigos. Me pareció que antes de ir a la policía podía… hacer algunas averiguaciones. Es decir, contratando a un detective.

—Puesto que usted es abogado, imagino que no precisa mis consejos respecto a lo que debe hacer —asintió Nash—. Hablemos

de los coches. El señor Ackerman se fue con el «Lincoln». Luego, la señora Ackerman se fue con el «Dodge»... ¿No han aparecido los coches?

—No. Que yo sepa, no. Quizá usted podría encontrarlos.

—Lo dudo, señor Donner.

—¿Qué quiere decir?

—He comprendido ya que usted, antes de ir a contárselo todo a la policía, pretende ayudar a sus amigos. Me parece bien, hasta cierto punto, y estoy dispuesto a trabajar para usted. Sin embargo, no creo que sea nada fácil encontrar esos coches.

—¿Por qué?

—En uno u otro caso, habrán sido debidamente escondidos.

—¿En uno u otro caso? ¿Qué quiere decir?

—Si los señores Ackerman han huido después que el señor Ackerman ha cometido un homicidio, es de suponer que se preocuparán de esconder bien los coches, ya que, evidentemente, la policía los debe estar buscando. Sí, como también es de temer, lo que ha ocurrido con los señores Ackerman es que los han matado, las personas... o fieras que lo hayan hecho, habrán escondido asimismo los coches.

—¿Cree usted que una fiera puede manejar un coche? —preguntó Ophelia Prince, con cierta ironía.

—No. Pero tampoco creo que una fiera del zoo haya salido de éste para arrancarle un pedazo de carne de la garganta al señor Ackerman —replicó, rápidamente, Nash.

—¿Y eso significa...?

—No lo sé, señorita Prince. Pero, desde luego, si algo hemos de saber, no será por medio de los animales del zoo, sino conversando con personas. Y, ahora, me refiero concretamente a los señores Albert Hodden y Noah Lamarr.

—No le dirán nada —musitó Donner.

—Es de temer, puesto que se han negado a sincerarse con usted, que es amigo de ellos.

Pero, señor Donner, una cosa es lo que sus amigos quieran decirme y otra cosa lo que yo sea capaz de averiguar.

—Claro —se animó el rostro del abogado.

—El caso es muy interesante... ¿Podrían darme la dirección del señor Ackerman y sus amigos?

Ophelia se inclinó hacia la mesa, tomó otra cuartilla y la tendió a Nash, que alzó las cejas.

—Era lógico que pidiese esas direcciones, así que ya las tenía preparadas —dijo Ophelia, casi sonriendo—. Si le falta algo, no vacile en llamarme, señor Nash.

—¡Caramba! —Movió Cliff la cabeza—. ¡Caramba!, es usted muy eficiente, señorita Prince.

—Sólo soy una persona que quiere hacer bien su trabajo —deslizó Ophelia, con intención.

Clifford Nash se quedó mirándola fijamente, inexpresivo el rostro, como si, de verdad, estuviese hecho de piedra. Pero de pronto, el detective privado sonrió, estirando su gran bocaza hacia las orejas.

—¿Le ha dicho usted ya al señor Donner cuáles son mis honorarios? —preguntó.

—Sí, desde luego. ¿Quiere el cheque de contrato ahora?

—Puedo esperar —aseguró Nash—. Dígame, señorita Prince: si usted quisiera ver fieras por aquí…, ¿adónde iría?

—Supongo que, en primer lugar, iría al Crandon Park Zoo, en Key Biscayne, porque es donde hay más variedad. Luego, no dejaría de visitar Parrot Paradice, Monkey Jungle, el Serpentarium… Y, naturalmente, esto ya fuera de Miami, iría al Lion *Country* Safari, si me conformaba con ver solo leones.

—¿No se ha olvidado usted de los delfines?

—¡Oh, no! Me encantan, no los olvido… Pero no creo que los delfines puedan ir por ahí, por tierra firme, quiero decir…, arrancando pedazos de carne a las personas.

—Creo adivinar que usted considera una tontería todo eso del zoo.

—Es absurdo. ¿Qué puede tener que ver el zoo con lo que le haya ocurrido al señor Ackerman y a su esposa?

—No sé, pero es evidente que cuando el señor Ackerman habló por teléfono con el señor Donner, relacionó el Zoo con lo que pudiese ocurrirle a él o a sus amigos. Usted misma lo ha pasado a máquina, ¿recuerda? «En realidad», dice el señor Ackerman, «lo que me ha sucedido a mí hubiese podido sucederle a Noah o a Albert, ya que fuimos juntos al zoo…». ¿De verdad no le da qué pensar?

—Pudo ocurrir algo en el zoo que está relacionado con el caso,

lo admito. Pero eso no implica a los habitantes del zoo.

—Entiendo su punto de vista. Y es admisible, desde luego. Yo tampoco me imagino a un león, un tigre o… un mono paseándose por Miami para arrancarles pedazos de carne a la gente. Pero tenemos que el señor Ackerman menciona el zoo.

—Es usted muy terco —sonrió Ophelia—. Pero, en fin, si va al zoo, no deje de avisarme: hace mucho tiempo que no veo animalitos.

—De acuerdo. Pero antes, naturalmente, hablaré con personas. ¿Tienen que decirme algo más?

—Pues… no —murmuró Donner—. ¿Qué más podríamos decir?

—Estoy pensando que quizá el señor Ackerman estuviese… metido en algún lío.

—¿De mujeres? —exclamó el abogado.

—El mismo le dijo a usted que había matado a una.

—Bueno, sí, pero…

—¿No tiene usted conocimiento de algún pequeño lío de esa clase? Por ejemplo, con la chica de la casita de Hialeah.

—Desde luego que no.

—¿Algún otro problema, de cualquier tipo? ¿Familiar, profesional, económico…?

—No, no, no… Los Ackerman son millonarios; siempre se han llevado bien… No conozco ningún problema de ningún tipo.

—Pues hay un problema en el aire —susurró Nash—. Bueno, empezaremos a trabajar.

¡Mmm…! Señorita Prince: ¿sabe usted los números de matrícula de los coches de los Ackerman?

—¿No están anotados ahí? —Casi gimió Ophelia.

La bocaza de Nash se estiró de nuevo hacia las orejas, mientras en sus ojos aparecía una expresión verdaderamente perversa.

—Pues no… Yo no veo esas anotaciones.

—Lo siento. Se… se las anotaré ahora mismo.

—Muy agradecido. —Nash le tendió uno de los papeles—. Hágalo aquí mismo, si le parece bien.

Se puso en pie, esperó a que la muchacha terminase las anotaciones, se guardó los papeles y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Prince. Y lo mismo a usted, señor Donner —le tendió también la mano.

—El placer es mutuo, señor Nash —aseguró Donner—. ¿Cuándo sabremos algo?

El ceño de Clifford Nash se frunció.

—Naturalmente, tienen derecho a un informe diario sobre mis investigaciones, pero yo no acostumbro a hacerlo. Suele, ser una pérdida de tiempo y nada más.

—¿Quiere decir que no se irá comunicando con nosotros?

—¿Para qué?

—Bien… Si ése es su estilo…

—Lo es. Señor Donner, hay una cosa que me tiene intrigado: ¿por qué trabajan ustedes en sábado? ¿O no es sábado hoy?

—Es sábado —asintió Donner—. Pero también usted estaba en su oficina.

—¡Caramba! —Se pasmó verdaderamente Nash—. No había pensado en ello. Ya me había parecido que había poco tráfico hoy…

—Según parece —sonrió Donner—, usted y yo somos un par de negreros con nuestros empleados.

»Y Trudy, sin decir nada —meditó Nash—. En Mike no me sorprende, pero en Trudy…

Bueno, le voy a dar una semana de fiesta a esa jovencita, en cuando sea posible».

—¿De verdad no recordaba usted que hoy es sábado? —se sorprendió Ophelia.

—Por unos momentos, lo había olvidado.

—Nosotros, no —dijo Donner—. En realidad, señor Nash, nos hemos reunido en mi despacho sólo para atenderle a usted.

—No han debido molestarse tres personas sólo para hablar conmigo —protestó Nash.

—Era curiosidad —dijo Ophelia—. Curiosidad mía, pero se la contagié al señor Donner y a la señora Loomis.

—¿Curiosidad por conocerme a mí?

—Sí.

—Bueno. —Cliff movió la cabeza—, espero no haberles decepcionado demasiado.

¡Buenos días!

—Hasta la vista, señor Nash.

Éste saludó con la mano, salió del despacho de Donner, y sonrió amablemente a la señora Loomis, que estaba esperando y se

apresuró a abrirle la puerta, sonriendo.

—Gracias, señora Loomis… ¿Le parece que ha valido la pena perder media mañana del sábado por verme?

—¡Oh, sí…! Es usted un joven muy interesante.

—Chocante —dijo Nash—. Son ustedes muy amables. Hasta la vista, señora Loomis.

Un par de minutos más tarde, Cliff Nash entraba en una cafetería cercana al edificio donde Donner tenía su bufete. Se fue directo al teléfono, y llamó a su oficina.

—…

—¡Hola, Trudy!

—¡…!

—Claro que soy yo. ¿Han llegado los clientes que esperábamos?

—…

—Bien. Supongo que se han entendido con Mike.

—…

—Estupendo. Dile a Mike que se marche. Tú también. Ya no tiene objeto que trabajéis… ¡Ah! Dile a Mike que hoy no podremos jugar al tenis.

—¿…?

—No, no. Me las arreglaré solo, por ahora. El lunes quizá tengamos que movilizar a los muchachos para que busquen un par de coches, pero, por ahora, no es necesario.

Divertíos. ¡Adiós, Trudy!

Colgó, se fue a la barra, y pidió un café. Sacó el papel que tenía escrita la conversación entre Donner y Ackerman, y lo leyó un par de veces. Si no lo entendía mal, a Ackerman le estaba sucediendo algo (o le había sucedido) que también podía sucederle a Albert Hodden y a Noah Lamarr, ya que habían ido juntos al zoo… ¿Qué relación podía tener una visita al zoo con matar a una muchacha? La clave…

—¡Hola!

Volvió la cabeza y se quedó mirando a Ophelia Prince, que se estaba acomodando en el taburete contiguo al suyo.

—¡Hola! —susurró.

—He pasado por aquí delante, le he visto, y he pensado que quizá me invitaría a café, señor Nash.

—Con mucho gusto. —Cliff le hizo una seña al camarero—. ¿Ha

olvidado decirme algo, señorita Prince?

—No —casi rió ella—. Si está pensando que pretendo decirle algo que no he querido decirle delante del señor Donner, olvídelo, de veras. ¿Lo ha pensado?

—La verdad es que sí. ¿No hay nada de eso?

—Nada. ¿Ha sacado algo en claro, de una nueva lectura de esa sorprendente conversación?

—Todavía no. Pero, posiblemente, la clave, de un modo u otro, esté relacionada con el zoo. No soy terco por sistema —añadió rápidamente—, pero en este caso, y dado que el señor Donner asegura que esta conversación es textual, debemos pensar en el zoo.

—Cuando encuentre la solución, avíseme, por favor. ¿Piensa trabajar hoy?

—Por supuesto. ¿Qué mejor cosa puedo hacer?

—Bueno —volvió a reír Ophelia—, en general, hay muchas cosas bastante mejores que trabajar, señor Nash.

—¿Por ejemplo?

Le sirvieron el café a Ophelia, y la muchacha se dedicó a tomarlo, sin contestar. Cliff leyó la nota, una vez más, y la guardó. Dejó un billete sobre el mostrador.

—Bien, señorita Prince…

—Por ejemplo —dijo ella—, pasear en lancha. ¿Le gusta pasear en lancha?

—Sí, pero…

—En ocasiones, se pueden combinar el placer y el trabajo. El señor Hodden vive en las Venetian; es vecino del señor Ackerman. En cuanto al señor Lamarr, vive en Surfside.

Partiendo desde el embarcadero que tenemos al principio de esta calle, resultaría un bonito paseo en lancha; ir primero a las Venetian y luego a Surfside.

—No lo dudo. Pero yo no tengo lancha.

—Yo, sí. Me la compré hace un par de meses, y desde entonces casi no utilizo el coche.

Vivo en Coral Gables, ya sabe, y voy y vengo en lancha. Es más agradable.

—Eso quiere decir que tiene usted la lancha a cuatro pasos de aquí.

—Sí.

—Me ha convencido —sonrió Cliff—. Dejaré mi coche ahí fuera, y pasearemos en lancha. Y ya que tenemos que pasar junto a las Venetian, ¿qué le parece si primero visitamos al señor Hodden?

CAPÍTULO II

Pero el señor Hodden no estaba en casa. Tampoco la señora Hodden. Por una razón muy sencilla: la tarde anterior habían emprendido un viaje.

—¿Estarán de vuelta el lunes? —se interesó Cliff.

La criada movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—No, señor, porque se han ido a Europa.

Cliff Nash quedó pasmado. Miró a Ophelia, que, junto a él, estaba no menos pasmada.

—A Europa —musitó, por fin, Cliff—. Bueno, supongo que tendrán algo que atender allí. ¿Sabe si tardarán mucho en regresar?

—No. Generalmente, me informan, pero esta vez no ha sido así. Lo siento, señor.

Seguramente, con las prisas se olvidaron de darme instrucciones. Es de esperar que me escribirán, o me llamarán; así que si quiere usted pasar dentro de unos días…

—Puede que lo haga. ¿Dice usted que tenían prisa?

—Sí, sí… ¡Ya lo creo!

—Entonces…, ¿no era un viaje que ya estaba previsto, preparado…?

—No, señor. De pronto, decidieron marcharse. Y se fueron.

—Gracias. Ha sido usted muy amable.

Cliff Nash y Ophelia Prince regresaron al embarcadero de East Di Lido Drive, donde habían dejado la lancha de la muchacha. Una preciosa lancha blanca cotí dos rayas azules.

A Cliff le había encantado… Cuando regresó a ella, se sentó junto a Ophelia, y se quedó mirando al mar azul, refulgente bajo el sol…

La señorita Prince se acomodó en el asiento frente al volante,

dio el encendido, y miró a su silencioso acompañante.

—Seguramente, estamos pensando lo mismo —dijo, muy seria.

—¿Eh…? ¡Ah, sí!, es posible.

—Tampoco vamos a encontrar a los Lamarr. ¿Es eso?

—Me temo que así será, señorita Prince. Pero de todos modos, vamos a Surfside.

Ella asintió. La lancha partió, con poderoso zumbido, y el agua pulverizada comenzó a salpicarlos. El paseo era en verdad agradable, pero Cliff Nash estaba cada vez más intrigado. De repente, los Hodden se van a Europa. ¿Por qué? ¿Por qué, de pronto, deciden… quitarse de en medio?

En cuanto a los Lamarr, Cliff y Ophelia se equivocaron. Los Lamarr estaban en casa. Esto no tenía por qué ser sorprendente, pero los desconcertó. El criado que los recibió parecía reacio a anunciarles, pero accedió bajo la presión de Ophelia, que dijo ser la secretaria del señor Donner, y que la entrevista era necesaria. Con lo que quedó probada su eficacia como acompañante del detective.

Los recibió el señor Lamarr, en su despacho de la hermosa casa cercana al mar. Era un hombre alto y recio, de cejas muy pobladas, ojos pequeños y vivos, que parecieron rehuir la mirada de Cliff.

—Si no entiendo mal, señor Nash, viene usted de parte de Ed… Del señor Donner.

—Estoy trabajando para él —puntualizó Cliff; y como viera la mirada de extrañeza que Lamarr dirigió a Ophelia, explicó—: En cuanto a la señorita Prince, simplemente, ha sido tan amable de ofrecerse a acompañarme. No la envía el señor Donner.

—Ya… Bien, usted dirá.

Estaba nerviosísimo. Cliff se dio cuenta de ello, y comprendió que tenía que escoger muy bien sus palabras.

—Estamos buscando al señor Ackerman —murmuró—. Posiblemente tenga usted noticias de él, señor Lamarr.

—No. —Noah Lamarr palideció intensamente—. No, no tengo.

—Nos tememos que haya sufrido un accidente de coche. Quizá esté en cualquier hospital, y por cualquier motivo aún no haya sido identificado.

—Sí… Podría ser, sí.

—También estamos buscando a la señora Ackerman. Todo esto resulta un poco inquietante, así que el señor Donner me ha

contratado. Naturalmente, pensamos…

—Si tengo alguna noticia de Bob o de Nora, avisaré a Ed inmediatamente, señor Nash.

¿Alguna cosa más?

Cliff frunció hoscamente el ceño.

—Sí, señor Lamarr. ¿Qué pasó durante la visita que ustedes hicieron al zoo y cuándo fue eso?

Desde luego, aquello era un cañonazo en toda regla…, y Noah Lamarr lo acusó. Quedó aún más pálido que antes. Parecía incapaz de reaccionar, pero, por fin, movió negativamente la cabeza.

—Ya le dije a Ed —su voz brotó ronca— que no sé qué tontería es ésa. Hace mucho tiempo que no he estado en el zoo. Y que yo recuerde, no fui con los Ackerman.

—Sin embargo, el señor Ackerman le dijo al señor Donner…

—Señor Nash, tengo mucha prisa. Y me temo que no puedo ayudarle.

—Lo siento de veras. Pensé que, siendo el señor Ackerman amigo de usted, no tendría inconveniente en dedicarme unos minutos…

—Ya se los he dedicado, ¿no es así? Pero por muchos más minutos que le dedicase, no podría decirle nada nuevo.

—Bien… Una última cosa, señor Lamarr, para no entretenerle más. Le voy a dejar mi tarjeta. —Cliff la depositó sobre la mesa del despacho—. ¿Será tan amable de llamarme, a cualquiera de esos números, si el señor Ackerman se comunicase con usted?

—Es que… mi esposa y yo nos vamos dentro de un par de horas.

—¡Ah! ¿Quizá van a pasar el fin de semana en algún sitio agradable?

—No… No, no. Vamos a las Hawaii.

Clifford Nash ya no quiso preguntar nada más. Estaba comprendiendo perfectamente.

Tres matrimonios van al zoo. Uno de los matrimonios desaparece, tiempo después. Y los otros dos, se apresuran a hacer las maletas y marcharse bien lejos de Miami.

—¡Caramba, las Hawaii! —sonrió afablemente—. Espero que se diviertan ustedes.

Muchas gracias por todo, señor Lamarr. Y buenos días.

—¡Adiós…! ¡Adiós, señorita Prince!

En cuanto los dos hubieron salido, Noah Lamarr se dejó caer en el sofá. Se pasó las manos por la cara y la notó fría…

En realidad, Noah Lamarr sentía un frío horrible en todo el cuerpo, desde que había visto las fotografías…

El día anterior le habían llamado por teléfono. Una voz de mujer, juvenil, simpática:

—¿Señor Lamarr?

—Sí… Diga.

—Perdone usted que le llame hoy. Ya sé que el día de la cita es el dos de junio, pero convendría adelantarlo. ¿Puede usted presentarse esta misma mañana?

—Sí, sí…

—Espero no causarle ningún trastorno grave. Sucede que el día dos es domingo. Y mañana, día uno, es sábado, así que no podría usted retirar el dinero del Banco.

—Sí, lo… lo comprendo. Pero ya tenía previsto eso. Retiré el dinero ayer, precisamente.

—¡Oh…! Bien, de todos modos, ¿podría usted acudir ahora?

—¿Adónde?

—Al lugar de siempre, naturalmente.

—Sí, claro… Bueno, es que…, es que su voz no parece la misma que…

—Se lo explicaré cuando nos veamos. ¿Dentro de media hora?

—Sí, de acuerdo.

Noah Lamarr había llegado al Bayfront Park treinta y dos minutos más tarde. Y en seguida, una muchacha se le había acercado. No era la misma de los meses anteriores, desde luego, pero, por el modo en que comenzó a caminar hacia él, mirándolo, supo que era la… recaudadora, y que, desde luego, le conocía. La muchacha, una pelirroja joven y muy bonita, se había detenido ante él, sonriendo.

—Ha sido usted muy amable, señor Lamarr. Gracias. ¿Me entrega el portafolios, por favor?

Lamarr lo había entregado, preguntando:

—¿Ocurre algo… especial?

—Pues sí, en efecto. Verá usted: el señor Ackerman buscó complicaciones, de modo que hemos tenido que hacer unos pequeños reajustes. De momento, yo ocuparé el lugar de mi

compañera Bridgett. Espero que no le moleste.

—No… Claro que no.

—Gracias. —La muchacha sonreía encantadoramente—. Las complicaciones que nos ha buscado el señor Ackerman son tan grandes, que esta misma mañana he tenido que rogarle al señor Hodden que abandone Miami… por una larga temporada. Usted debería hacer lo mismo, señor Lamarr.

—Pero… no entiendo… ¿Por qué tengo que marcharme?

—Porque preferimos eso a tener que matarle para impedirle a usted hablar del zoo, en caso de que les interrogasen respecto a la desaparición del señor Ackerman y su esposa.

Naturalmente, también mataríamos a su esposa, señor Lamarr.

—Cualquiera que hubiese pasado cerca de ellos habría visto a una linda joven, y a un caballero de edad madura conversando apaciblemente. Nada le habría llamado especialmente la atención.

—¿Ma… matarnos…?

—Sí. Es lo que hemos hecho con los Ackerman.

—¡Dios mío…!

—Le sugiero que se vaya muy lejos, una larga temporada. A su regreso, pasaremos cuentas sobre los meses atrasados en el pago… Podremos esperar, pues no son ustedes los únicos clientes. Y, sobre todo, señor Lamarr, evite usted hablar del zoo. Ciertamente, podría usted hacerlo, pero… ¿qué ganaría con ello? La policía conocería el asunto, pero nada más. No podrían hacer nada. En cambio, a usted tendríamos que matarlo. ¿Lo ha entendido bien, señor Lamarr?

—Sí…

—¡Estupendo! ¡Ah, tengo algo que enseñarle!… Es sólo para que se convenza de que lo que digo es cierto, y que, en caso de que lo condenásemos a muerte, no sería una muerte dulce. Piense, también, en su esposa… Vea estas fotografías, por favor. Más o menos, es la clase de muerte que sufrirían ustedes… Aunque se podrían invertir los términos, es decir, que a usted podrían despedazarlo los perros como han hecho con el señor Ackerman, o bien estrangularlo, y que fuese su esposa la que se entendiese con los perros.

Noah Lamarr no podía decir nada.

Desde luego, estaba lívido como un muerto, aterrorizado, y las fotografías temblaban en sus manos, hasta el punto de que una de

ellas cayó al suelo. Se inclinó a recogerla, y se dio cuenta de que le temblaban violentamente las piernas. Sí… Aquél parecía ser Bob Ackerman, con la cabeza…, con la cara destrozada, la cabeza colgando y… En cuanto a las fotografías de Nora Ackerman, eran sencillamente espantosas. Aquellas manos negras apretaban su cuello, provocándole un miedo tal, que su rostro mostraba una expresión jamás vista por Lamarr en ser humano alguno…

Le había caído otra fotografía, pero, esta vez, la muchacha la recogió. Luego, le quitó de entre los dedos las restantes, y las guardó.

—¡Adiós, señor Lamarr! —sonrió dulcemente—. Feliz viaje. ¡Ah! Le vamos a estar llamando por teléfono, y si nos enteramos de que está usted en Miami, pues… Bueno, ya ha visto las fotografías, ¿verdad?

* * *

Ahora, sentado en el sofá de su despacho, Noah Lamarr volvía a sentir aquel mismo frío, y sudaba de angustia.

¿Que si había visto las fotografías? ¡Por Dios, jamás podría olvidarlas, jamás!…

—¿Qué querían, Noah?

El señor Lamarr lanzó un alarido, y se puso en pie de un salto, sobresaltando a su esposa, que acababa de entrar en el despacho. Se quedaron los dos mirándose, con ojos desorbitados.

—Es… era un detective privado que Ed ha contratado —dijo, por fin, Lamarr—. Están… están buscando a Bob y Nora, y… y andan haciendo preguntas sobre el zoo…

—¿Les has dicho algo?

—¡Claro que no! —chilló Noah Lamarr—. ¿Crees que estoy loco?

—Creo… creo que no deberías alterarte tanto, querido…

—Debimos marcharnos ayer mismo… Como los Hodden. Ellos están cumpliendo su promesa: ya han llamado dos veces, y nos han encontrado en casa todavía, en Miami…

—Si vuelven a llamar, podemos decirles que estamos a punto de salir, no te preocupes.

¡Dios mío, pobre Nora!… Y pobre Bob. Todo esto… es horrible, Noah, ¡horrible!

—Y todo por haber aceptado aquella «nueva y grandiosa

diversión para privilegios».

¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió ir a ver ese maldito zoo!…

CAPÍTULO III

—¿Al zoo? —sonrió Ophelia—. Desde luego, no me parece mala idea.

—Naturalmente, perderemos el tiempo —dijo, sombríamente, Cliff—. Pero un sábado por la tarde es buen momento para ir a ver animalitos, como usted dice.

—Siempre y cuando no les demos comida: está prohibido. —La muchacha se quedó mirando fijamente a Cliff, mientras la lancha surcaba las azules aguas, hacia el sur de la bahía—. Señor Nash: ¿se ha dado usted cuenta de lo terriblemente asustado que estaba el señor Lamarr?

—Naturalmente.

—Y… ¿se ha dado cuenta de que es la hora de almorzar?

Nash la miró de reojo.

—Me he dado cuenta de eso, y de que usted conduce mirándome a mí.

—¿Eso es malo? —rió ella.

—No sé. Depende de lo interesante que le resulte contemplarme. Pero yo pienso que si dedica su atención a las demás lanchas, seguramente conseguiremos llegar al zoo. Si tal acontecimiento se realiza, la invitaré a almorzar allí.

Ophelia volvió a reír, pero dedicó su atención a la marcha de la lanchita… Por lo tanto, veinte minutos más tarde llegaron sanos y salvos a uno de los embarcaderos de Key Biscayne cercanos al Crandon Park Zoo. Y poco después, se hallaban paseando por éste, mordiendo unos bocadillos.

Durante casi una hora, se dedicaron a pasear, contemplando a los animales. El lugar estaba muy concurrido, especialmente por niños, que, por supuesto, lo estaban pasando muy bien. Y, ya

sentados en uno de los bancos y fumando un cigarrillo, Cliff comentó:

—Si mañana alguien le preguntase si había visitado el zoo…, ¿lo negaría usted?

—Claro que no… ¡Qué tontería!

Nash se quedó mirando la brasa de su cigarrillo durante unos segundos. De pronto, se puso en pie.

—Voy a ver al director. ¿Me espera aquí?

—No, señor —se puso ella también en pie—. Lo que tengan que decirnos, me gustará oírlo. ¿De qué va a hablar usted con el director?

—Puesto que va a acompañarme, se enterará en su momento. Vamos allá.

El director del zoo era un hombre de mediana edad, de aspecto bonachón, simpático, cordial. Tenía el aspecto plácido y feliz de quien disfruta con su trabajo. Los atendió muy amablemente, pero, después de escuchar a Nash, movió la cabeza en sentido negativo.

—Pues no —parecía un poco sorprendido—. No recuerdo el nombre de ninguna de esas personas, señor Nash.

—Tenemos entendido que estuvieron visitando el zoológico.

—No lo dudo. Pero muy pocas personas vienen a hablar conmigo: no formo parte de la fauna.

Ophelia rió quedamente, mirando con simpatía al hombre. Cliff Nash se limitó a sonreír.

—Quizá usted los recordaría como visitantes del zoo, si yo le mostrase unas fotografías de ellos.

—Podría ser —admitió el director—. Pero la verdad, viene mucha gente aquí. De todos modos, no tengo inconveniente en examinar las fotografías que usted me traiga.

—Estoy seguro de que me hará usted un favor, señor Miles —murmuró Cliff—. Le enviaré, cuanto antes, fotografías de los señores Ackerman, Hodden y Lamarr y sus respectivas esposas. Usted podría ir mostrándolas a los empleados del zoo. Quizá alguno recuerde a esas personas.

—Le complaceré, señor Nash. Pero dígame: ¿qué importancia puede tener que unos matrimonios visiten el zoológico?

Cliff Nash parpadeó.

—Pues eso, señor Miles, es precisamente lo que yo estoy

tratando de saber. ¿Cree usted que hay algo… extraño, extraordinario, en este lugar?

El señor Miles estaba cada vez más desconcertado. Pero reflexionó unos segundos, antes de contestar:

—Bueno, hace tiempo teníamos una tigresa blanca, valorada en treinta y cinco mil dólares. Su nombre era «Princess»…

—No, no, no… No me estoy refiriendo a animales, sino a… algo que podría parecer sorprendente en un zoo. O al menos, inadecuado.

—La verdad es, señor Nash, que no le entiendo.

—Ni yo mismo me entiendo. Por ejemplo: ¿venden ustedes algunas de las fieras?

—¡Claro que no! —Respingó el señor Miles.

—¿Se ha escapado alguna del zoo en estos últimos días?

—¡Pero claro está que no! —Casi se indignó Miles.

—Lo siento, no he pretendido molestarle. ¿Sigue dispuesto a hacerme ese favor, señor Miles?

—Sí, sí… Cuente con ello.

—Le llamaré por teléfono seguramente mañana, avisándole del envío de las fotografías.

—Muy bien.

—Ha sido usted muy amable, señor Miles. Gracias por todo.

Poco después, Cliff Nash y Ophelia Prince se hallaban, de nuevo, paseando por el zoo.

—Lo de las fotografías ha sido una buena idea —dijo, de nuevo, Ophelia—, pero ¿de dónde las va a sacar usted?

—Usted me dijo que podía ayudarme a solucionar pequeños problemas, ¿no es así?

La muchacha se detuvo en seco.

—¿Tengo que encargarme yo de conseguirle fotografías de los Ackerman, los Hodden y los Lamarr? —exclamó.

—¿No puede hacerlo?

—Quizá. Pero en ese caso, espero que lo tenga en cuenta a la hora de presentar su factura al señor Donner: al fin y al cabo, está utilizando los servicios de su secretaria.

—Me parece razonable —sonrió Cliff—. ¿Le gustaría ver más animalitos? Quiero decir, en otro lugar.

—Bueno. Estoy segura de que habré pasado días más aburridos

en mi vida.

Alrededor de las siete de la tarde, la lanchita se detenía ante un embarcadero pintado de blanco, y Ophelia lo señaló.

—Hemos llegado —dijo.

Cliff la miró, pero todavía pensativo. Aquello no había tenido sentido… Habían estado en Parrot Paradise, Monkey Jungle y el Serpentarium. En los tres sitios habían preguntado por los Hodden, Lamarr y Ackerman, y en los tres habían recibido respuesta negativa.

Ciertamente, aquellas personas podían haber estado allí, pero ¿cómo saberlo? No obstante, en los tres sitios aceptaron la propuesta de Nash de examinar las fotografías que éste les enviaría, lo más pronto posible. En cuanto al Lion *Country* Safari, ya era demasiado tarde para ir allí, cuando finalizaron el recorrido en el Serpentarium.

—Digo que ya hemos llegado —insistió Ophelia.

La mirada de Cliff cambió de expresión.

—¡Ah…! Sí, estupendo. Ha sido un día muy interesante, ¿no le parece?

—Regular —refunfuñó Ophelia.

—Me temo que se ha aburrido. Bien, señorita Prince, muchas gracias por… ¡Oiga, esto no es Miami Beach!

—No.

—Pero tengo que recoger mi coche. Lo dejamos en…

—He pensado que aceptaría tomar una copa conmigo, señor Nash. Si no hubiese estado tan aletargado se habría dado cuenta de que no íbamos hacia Miami Beach.

Clifford parpadeó. Luego, se quedó mirando hacia las casitas que se veían cerca del embarcadero. Sacó los papeles mecanografiados que le había entregado aquella mañana Ophelia Prince, y buscó el que contenía la dirección de ésta: 16, Aurelia Avenue, Coral Gables. Por fin, miró hacia el poste indicador de la avenida que llegaba hasta el embarcadero. Su nombre era Aurelia Avenue.

—Me parece —dijo— que lo de tomar una copa es una idea de lo más razonable, señorita Prince.

Saltaron al embarcadero, y Ophelia amarró la lancha. Luego señaló hacia una de las cercanas casitas. En realidad, un bonito *bungalow*, rodeado de flores. A ambos lados de la avenida se veían

palmeras.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Por fuera, sí. Por dentro, aún no lo sé.

Ophelia sonrió, le tomó de una mano, y caminaron hacia el *bungalow*. Apenas entrar, Cliff se dio cuenta de que sí le iba a gustar. Olía a flores y a fresco, y el mobiliario era ligero, alegre y confortable. La parte destinada a saloncito era una verdadera monería, con sus jarrones de porcelana, la librería, el bar en un rincón, el tocadiscos, el televisor…

Había un amplio sofá, y dos sillones. A un lado del sofá, una lamparita de pie, con pantalla de color rosa.

Clifford Nash movió la cabeza, admirativamente.

—¡Caramba! —dijo.

—¿Eso es todo? —sonrió Ophelia.

—¿Qué más puedo decir?

—No sé, pero creo que podría decir algo más.

—Bien… Pues digo que éste es el lugar más… sugestivo para que un hombre sea invitado a tomar una copa.

—¿Incluso usted?

Clifford la miró sorprendido.

—¿Qué quiere decir, señorita Prince?

—Que no me ha parecido usted el hombre que va tomando copas en lugares como éste.

Ahora, Cliff, quedó pasmado un instante, antes de decir:

—Supongo que tiene razón: no he sido un compañero muy divertido. Pero es que estaba trabajando.

—¿Ya no?

—Ya no —musitó él, muy serio—. La jornada ha terminado. Como suele decirse, mañana será otro día.

—Voy a la cocina a buscar hielo —susurró ella.

Cliff se dirigió al bar, colocó dos vasos sobre el pequeño mostrador curvado, y sirvió *whisky*. Había un silencio notable allí, en aquel encantador lugar. En la ventana de la derecha daba el sol poniente, y su resplandor rojizo se esparcía suavemente por el saloncito. Por supuesto, de buena gana se habría quitado los zapatos y la chaqueta, pero no le pareció correcto. El era un hombre serio, ¡qué demonios!… A pesar de la anécdota del ascensor con la chica imbécil.

Bebió un sorbito de *whisky* seco. ¿Sería imbécil Ophelia Prince? Parecía que no.

Durante aquel día le había parecido una muchacha inteligente, independiente, con sentido del humor… y de la vida.

Y filosofando por estos derroteros, Cliff Nash se encontró pensando nuevamente en Ackerman y los demás. Rechazó estos pensamientos, y se aferró a otro más conveniente:

—Mañana será otro día.

Bebió otro sorbito de *whisky*, y frunció el ceño. Demasiado fuerte.

Salió de detrás del mostrador, y salió del saloncito, acto seguido, orientándose hacia la cocina. Sobre la pileta vio el recipiente de cristal, ya lleno de cubitos de hielo.

Sorprendido, lo tomó, salió de la cocina, y llamó:

—¿Señorita Prince?

—Estoy en el dormitorio, señor Nash.

Cliff fue hacia allá. La puerta estaba entornada. Dentro se veía el resplandor rojizo del sol.

—Supongo que usted también quiere el *whisky* con hielo —dijo Cliff.

—¡Oh, sí! ¡Pásemelo, por favor!

Cliff Nash empujó la puerta y entró.

—Sólo he ido a buscar…

Casi se le cayó el recipiente con los cubitos de hielo. Tuvo que apretar las manos con fuerza, para sujetarlo, cuando faltaba un par de centímetros para que escapase de ellas.

Ophelia Prince llevaba, ahora, tan sólo un camisoncito negro, cortísimo, transparente; un despampanante *baby-doll*. Y, sobre unas chinelas de alto tacón, también negras, parecía una reina.

—¿Le gusta? —preguntó la muchacha.

—Pu… pues… Bueno, perdone… Como ha dicho que… Quiero decir me ha parecido que podía pasar…

—Ya que está aquí —la muchacha, sin hacer caso de su azoramiento, señaló las prendas que había sobre la cama—, ¿cuál le gusta más?

Clifford Nash frunció el ceño. ¡Bien! No iba a ser él quien se

comportase como un imbécil, desde luego. Se acercó, pasó rozando a Ophelia y dejó el recipiente de cristal sobre la mesita de noche. Luego, se quedó mirando los dos camisoncitos también transparentes que había sobre la cama. Uno era rojo, el otro, azul. Eran sensacionales.

—El azul no está mal —dijo—. Pero el negro le sienta mucho mejor…, y no me pregunte por qué. En cuanto al rojo, creo que le daría un cierto aire de… chica de conjunto, o algo así. Bueno, quizá no me explico bien, pero lo encuentro vulgar. No debió comprarlo.

—No lo compré: me lo regalaron.

—¡Ah…! ¿Quizá alguno de sus anteriores… invitados?

—Está usted diciendo tonterías —sonrió Ophelia—. Y lo sabe perfectamente, señor Nash.

—¿Debo entender que soy su primer invitado?

—Exactamente.

—Bien… ¿Y estos camisoncitos?

Los adquirí en una liquidación, en Flagler Street: comprando dos, regalaban otro. Me pareció un buen negocio, y como solo había estos tres colores, tuve que quedarme el rojo.

—Entiendo. De todos modos, yo de usted me desharía de esa prenda. Le quita categoría, ¿comprende?

—La tiraré a la basura. Y hablando de basuras… ¿No le gustaría tirar a la basura el *whisky* y beber champaña? Tengo una botella en el frigorífico. Le espero aquí.

Cliff Nash estuvo unos segundos mirando con suma atención a Ophelia Prince. De pronto, cogió el recipiente con los cubitos de hielo, y salió del dormitorio.

Cuando regresó, con la botella de champaña y dos copas, Ophelia seguía mirándose al espejo. Todavía llevaba el *baby-doll* negro.

—¿No tengo cierto aire de vampiresa trasnochada? —vaciló.

—De ninguna manera.

—Bueno… De todos modos, hace tanto calor…

No hacía *tanto* calor, pero Cliff aceptó la decisión de ella, sin alterarse. Colocó las copas sobre la mesita de noche, escanció champaña en ellas, y tendió una a Ophelia, que la alzó, sonriendo un tanto temblorosamente.

—Siempre pensé —susurró— que sucedería con champaña…

CAPÍTULO IV

Cliff Nash abrió los ojos, y se quedó mirando el techo del dormitorio. Durante unos segundos, estuvo así, inmóvil, hasta que la realidad fue penetrando en su mente: había oído un ruido… No sabía si muy fuerte, pero había sido suficiente para despertarlo. Se movió, y en seguida oyó la voz de Ophelia:

—¿Qué…? Cliff, ¿qué pasa?

—He oído algo.

Se acercó a la ventana, y ella fue tras él rápidamente.

—¿Qué has oído? —susurró.

—No sé…

La ventana, de guillotina, estaba casi completamente cerrada. Habían dejado una abertura de apenas tres centímetros, sólo para que circulase el aire. Cliff asió las manillas, y se dispuso a abrirla, subiéndola. Entonces, los dos al mismo tiempo, vieron las fauces.

Fue lo primero que vieron.

Como una imagen espeluznante, súbita, tan sorprendente y al mismo tiempo aterradora que se quedaron inmóviles.

Afuera, al pie de la ventana, colocados sobre las patas traseras de modo que las delanteras alcanzaban sobradamente el alféizar, estaban los dos enormes perros negros.

Vigilantes, silenciosos, con las fauces abiertas, mostrando sus grandes dientes blanquísimos; y vieron los dos pares de ojos, que parecían fosforescentes, fijos en ellos, rebosantes de maldad, de furia satánica.

Ophelia se irguió vivamente, de pronto, y abrió la boca… Cliff se volvió hacia ella, y se la tapó con una mano, mientras con la otra terminaba de cerrar la ventana.

—No grites —jadeó—. ¿Tienes algún arma en casa?

Ella movió negativamente al cabeza.

—Coge tus ropas y ve al cuarto de baño… Te encierras allí. Y no abras, pase lo que pase. Por favor, Ophelia, hazlo. ¡Pronto!

La empujó, y él fue adonde había dejado sus ropas, sin dejar de mirar hacia la ventana.

Ophelia había salido de allí a toda prisa, y él la siguió segundos después, fue directo a la cocina, y, sin encender la luz, abrió uno de los armarios. Recordaba bien dónde estaban todas las cosas, porque después de cenar a la luz de un par de velitas encarnadas, había ayudado a Ophelia a limpiar la cocina. Había sido una velada extraordinaria, pero se la habían estropeado.

—¿Dónde demonios…?

No tuvo que buscar mucho.

Encontró el gran cuchillo, y lo empuñó resueltamente. Pero se dio cuenta de que estaba sudando de miedo. Había visto perfectamente a los dos perros, y sabía que eran doberman. Posiblemente, los más feroces representantes de la raza canina.

Desde luego, no tenía la menor intención de enfrentarse a ellos. Su idea era armarse, por si acaso, pero apresurándose a llamar por teléfono a la policía. Con el cuchillo en la mano, salió de la cocina, y pasó por delante del cuarto de baño. Tocó en la puerta.

—Ophelia —susurró.

—Sí, estoy…, estoy aquí…

—No abras por nada del mundo. Voy a llamar por tel…

En alguna parte, oyó ruido de cristales rotos. Se irguió, sobresaltado, y en un instante comprendió lo que había sucedido: como fuese, los dos perros iban a entrar en la cabaña por la ventana del dormitorio. Por un momento, quedó petrificado de espanto.

Y, de pronto, comprendió que estaba perdiendo un tiempo precioso. Desde luego, no podía ir hacia el dormitorio, ni hacia el saloncito… Dio la vuelta, y regresó corriendo a la cocina…, oyendo ya, tras él, el fino sonido de pequeñas cosas duras contra el suelo.

Estuvo a punto de gritar al comprender que eran las uñas de los perros. Volvió la cabeza, y, en efecto, vio las siluetas de los dos perros avanzando velozmente hacia él.

Ya sin poder contener un respingo, Cliff echó a correr hacia la cocina, entró, y cerró tras él. Al otro lado de la puerta se oyó un fuerte choque, un apagado gruñido. Luego, las fuertes uñas

arañaron la madera.

Sudando copiosamente, Cliff Nash corrió hacia la puertecita de la cocina, la abrió y salió al jardín de atrás. Echó a correr, hacia la avenida. Ophelia estaba segura dentro del cuarto de baño, y él tenía que ir a cualquier sitio donde pudiese encontrar un teléfono.

Muy cerca, había un *bungalow*, y el detective desvió su veloz marcha hacia allí. Tenía que pedir ayuda… Y si salía de aquel apuro, jamás volvería a ir por el mundo sin su pistola.

Volvió la cabeza, y casi lanzó un alarido al ver a los dos perros tras él. Desorbitados los ojos, los vio lanzados a toda velocidad, sin ladrar, sin proferir tan siquiera un gruñido. Era horrible… Mientras corría, jadeante, Cliff lo iba comprendiendo todo: los perros habían vuelto a salir por la ventana del dormitorio. Y eran los mismos que habían atacado a Robert Ackerman.

Estaba a punto de volver de nuevo la cabeza para observar a qué distancia tenía a los perros, cuando vio a los dos hombres junto a un coche estacionado. No hacían nada.

Estaban allí, simplemente, presenciando el… espectáculo. Clifford Nash comprendió más cosas aún…, pero también volvió la cabeza, y ahora sí grito, al ver a los dos perros a menos de diez metros de él.

No tenía tiempo de nada, no podía hacer nada.

Nada.

Y cuando, realmente, parecía que era inevitable que los perros alcanzasen al hombre, la inteligencia de éste lo salvó. Cambió de nuevo de dirección, perdiendo el resuello…, mientras corría hacia el canal, hacia los embarcaderos.

Saltó al agua, siguiendo el impulso de su carrera, cuando las fauces de los perros se abrían ya tras él, a menos de dos metros. No pudo ver cómo uno de los perros fue incapaz de detener su marcha, y cayó también al agua, mientras el otro conseguía detenerse en el borde del embarcadero… Pero el animal sólo vaciló un segundo. Inmediatamente, saltó en pos de su compañero. Cuando Cliff volvió a la superficie, vio a los dos animales nadando hacia él. Siempre en silencio.

Pero aquí, en el agua, el hombre tenía las de ganar. Podía nadar mucho más de prisa que cualquier perro, y hasta podía bucear, cosa que ya sería excesiva incluso para dos animales tan tenaces e

inteligentes como parecían aquéllos. Ciertamente, nadando, perdían todo su empaque, su impresionante aspecto poderoso.

La corriente del Coral Gables Waterway era lenta, débil… Cliff Nash no iba a tener la menor dificultad para nadar hacia el más cercano embarcadero, agarrarse a las tablas y regresar a tierra firme, dejando a los dos perros en el agua. Pero, cuando comenzaba a nadar hacia allí, los dos hombres aparecieron, y en sus manos vio el brillo de las pistolas.

Tampoco aquellos hombres decían nada. Ni gritaban. Cada cual sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Incluso Cliff, que se apresuró a sumergirse. Por encima de él, un par de balas chascaron contra el agua, alzando dos pequeños surtidores, pero ni se enteró. Lo que hizo fue nadar a favor de la suave corriente, hasta que no pudo más, y tuvo que volver a la superficie.

Apenas sacar la cabeza, aspirando ávidamente, vio al perro, delante mismo de él. Se había alejado de uno, pero se había acercado al otro, dejándose llevar por la corriente.

Pero al verlo, el animal se abalanzó contra él, y Nash no pudo evitar el encuentro. Alzó el brazo derecho, y con el cuchillo de cocina, que todavía apretaba fuertemente, asestó al perro un golpe que rebotó en la dureza de su cráneo. El animal lanzó un gruñido, cayendo sobre Cliff, que giró en el agua esquivando el ataque y quedó de lado con respecto a su enemigo.

Sólo una cosa se le ocurrió en aquella situación: rodeó el cuello del perro con sus brazos, tomó aire y se sumergió, apretando la cabeza del animal contra su pecho, con las fauces hacia el exterior…

Fue terrible.

Bajo el agua, Cliff Nash sostuvo la más atroz pelea de su vida. El perro, de por sí poderoso, pareció enloquecer cuando las aguas lo cubrieron, y comenzó a agitarse de tal modo, que Cliff llegó a temer que no podría controlarlo, a pesar de su potencia muscular, nada despreciable, ciertamente. Apretando con toda su fuerza el cuello del perro, olvidó todo lo demás. Mientras tuviese aire en los pulmones, eso era lo único que tenía que hacer: mantener al perro de espaldas, sin soltarle el robusto cuello. Su cabeza chocó con algo, se dio cuenta de que giraba, y giraba, y giraba… Le entró agua por

la nariz; abrió la boca y tragó en abundancia.

Imposible.

Ya no podía más.

Y, de pronto, se dio cuenta de que el perro no forcejeaba. Se había quedado inmóvil. Lo soltó, y se quedó quieto, tragando agua, hasta notar en qué dirección tendía a flotar su cuerpo. Entonces, se impulsó con los pies, y apareció en la superficie como disparado.

Volvió a hundirse, reapareció, y comenzó a nadar hacia el embarcadero. Llegó junto a una lancha, se aferró a ella, y se quedó allí, jadeando, tosiendo, Miró su mano derecha, que le dolía. Todavía sostenía el cuchillo, como si formase parte de ella. Estaba a punto de soltarlo, para encaramarse a la lancha utilizando ambas manos, cuando oyó las veloces pisadas acercándose, resonando en las tablas del embarcadero.

Alzó la desorbitada mirada, y vio a uno de los hombres. Más arriba, vio la mancha clara de las ropas del otro.

Volvió a mirar al que corría hacia allí. Lo vio pasar de largo, sus pisadas se perdieron en dirección a la corriente. ¿Y el perro que quedaba? ¿Dónde estaba?

Se estaba recuperando rápidamente, y se disponía ya a subir a aquella lancha, cuando volvió a oír las pisadas. Lo comprendía todo: el hombre regresaba, comprendiendo que si se había ahogado, no tenía objeto seguir por el borde del canal hacia la desembocadura; y si no se había ahogado, no podía salir tan lejos, así que volvía… El hombre pasó junto a la lancha amarrada, dio unos pasos más, se detuvo en seco, y se volvió. Vio a Cliff, y se acercó rápidamente al borde del embarcadero, alzando la pistola… Siempre en silencio.

Cliff Nash ni siquiera supo realmente lo que había hecho. Se limitó a mover con fuerza el brazo derecho, lanzando el cuchillo.

Los resultados fueron sorprendentes, de modo especial para Nash, que se quedó mirando con incredulidad a aquel hombre, de pie en el borde del embarcadero, con el cuchillo clavado en la garganta. De pronto, se relajó, y cayó de bruces en la lancha, que resonó fuertemente, y se agitó, desprendiéndose de los dedos del detective. Pero en seguida, éste volvió a aferrarse a la borda, y, ya libres las dos manos, se izó con hábil impulso. Quedó con el vientre sobre la borda, y su rostro, a menos de dos palmos del rostro del

hombre que tenía el cuchillo clavado en la garganta. Vio la pistola, cerca de su mano, y la asió tras acabar de subir a la lancha.

Se quedó sentado con las piernas cruzadas, jadeando, la pistola en la mano. Su mirada fue canal arriba, y todavía distinguió la blanca silueta del otro individuo, que caminaba por el borde del canal, mirando hacia el agua.

Volvió a mirar al hombre muerto que tenía al lado, y se estremeció. Luego, miró la pistola, provista de silenciador, naturalmente. Y otra vez miró al hombre que estaba canal arriba…, y que ahora iba hacia él, a paso vivo, aunque sin dejar de mirar hacia el canal, por el cual nadaba electro perro, también siguiendo la corriente. El hombre alzó, de pronto, la cabeza, y Cliff comprendió que lo había visto, porque echó a correr hacia allí.

Por supuesto, creía que estaba desarmado, así que estaba cometiendo un grave error.

Y quiso sacarlo de él.

—¡Deje caer la pistola! —gritó, alzando la suya—. ¡Tengo la de su amigo!…

El hombre frenó como pudo su veloz carrera, alzó el brazo, y disparó. La bala rebotó contra el casco de la lancha, mientras Cliff llegaba a la conclusión de que aquel hombre no se detendría por nada.

Así que no le dio tiempo a disparar por segunda vez. Alzó la pistola, apuntó brevísimamente y apretó el gatillo.

Plop, chascó el arma.

El otro hombre lanzó un alarido, alzando los brazos y dejando caer la pistola. Pareció que fuese a quedarse en aquella postura, y por fin cayó de cabeza al agua.

Cliff subió al embarcadero, y corrió hacia allí. Cuando llegó a la altura donde el hombre había caído, no pudo verlo. Pero sí vio al perro, que nadaba hacia el borde del canal, con una tenacidad admirable. Cliff le apuntó con la pistola a la cabeza, pero no llegó a disparar. Aquel animal no podría subir al embarcadero, al menos por allí, así que no debía temer nada de él.

Ni rastro del hombre. Cliff regresó a la lancha donde yacía el primero, y saltó a la cubierta…, mientras el perro llegaba nadando hasta la embarcación. Cuando el animal llegó, Cliff ya había examinado al hombre, cerciorándose de que estaba muerto. Oyó los

arañazos del perro en el casco de la lancha, y se asomó por la borda. El animal movía las patas, lo miraba… Ni un solo ladrido, nada.

Cliff se estremeció, una vez más.

—Podía matarte, amiguito —susurró—. Pero muerto no me servirías de nada.

Regresó al embarcadero, y emprendió el regreso al *bungalow* de Ophelia, a toda prisa.

En pocos segundos, y tras identificarse, la muchacha abrió y se abrazó a él.

—¡Estás empapado! —exclamó—. ¡Has…!

—Necesito tu coche, Ophelia. ¡Pronto!

—Te daré las llaves… ¿Qué ha pasado?

—Algo horrible… He matado a dos hombres y a un perro… Por el amor de Dios. —Cliff se detuvo en seco, en el pasillo—, ¡esto es espantoso!

—¿Qué hacemos? —gimió ella—. Habría que… que avisar a la policía, Cliff…

—Sí…, desde luego… ¡Pero no ahora! Creo que podemos conseguir algo positivo si me prestas tu coche.

—¿Adónde vamos?

—No, no. Tú te quedarás aquí…

—¡Oh, no…! ¡No quiero quedarme sola, Cliff!

Éste se pasó las manos por la cara, y suspiró, agotado:

—Está bien… No vamos a correr ningún peligro ahora.

Poco después, se acercaban al canal, en el coche de Ophelia, ésta al volante. Cliff le fue dando indicaciones de que condujera por el borde del canal, lo más cerca posible, apeándose de cuando en cuando…, hasta que divisó al agotado doberman, dejándose llevar por la corriente. Regresó a toda prisa al coche.

—Todavía no ha encontrado por dónde salir. Sigue canal abajo… ¿Hay algún embarcadero cuyos escalones estén al nivel del agua?

—Sí. Un poco más abajo hay varios.

—Vamos a esperar al perro junto al primero.

Llegaron en menos de un minuto al embarcadero mencionado por Ophelia, y ésta estacionó el coche, con todas las luces apagadas. Muy poco después, apareció el perro subiendo aquellos escalones,

chorreando, visiblemente agotado. Pero se orientó en el acto, regresando canal arriba.

—Ve tras él.

El perro fue directo al embarcadero donde yacía el hombre muerto sobre la lancha. Lo vieron saltar a ésta y regresar al embarcadero, a los pocos segundos, de un salto. El animal estaba indeciso… Se alejaba unos pasos, volvía ante la lancha, daba unas vueltas…

—¿Qué estamos esperando, Cliff?

—Ese animal tiene que volver a su casa —murmuró Nash—. Se convencerá de que está solo, ha perdido la pista de sus presas, está agotado… Volverá a su casa.

—¿Lo vamos a seguir? —Comprendió Ophelia.

—Ésta es la idea… Pero ya veremos si da resultado. ¿Tienes miedo?

—Sí. Estoy terriblemente asustada, lo admito.

—Yo también —intentó sonreír Cliff—. Pero no pienso perder esa posible pista. Lo mejor será que, en cuanto ese animal se aleje, vuelvas a casa y avises a la policía. Yo me encargaré de seguir al perro… Aunque no va a ser fácil.

—¿Y si volviese a la casa…, a por mí?

Cliff Nash respingó. Se quedó mirando sobresaltado a Ophelia y, finalmente, soltó un suspiro.

—Lo mejor será que no te separes de mí —dijo.

—Encantada.

Nash la asió de una orejita, y la acercó a él. La besó en los labios, y en un instante, los buenos recuerdos de aquella noche parecieron amontonarse en su mente. Sólo un Ínstate porque recordó, de pronto, al perro. La apartó y miró hacia allá, mientras Ophelia le contemplaba desilusionada.

—¡Cuidado!… Ese animal emprende el camino…

CAPÍTULO V

Todavía no eran las ocho de la mañana cuando Crosk vio aparecer al perro por el camino. Se irguió vivamente en la silla que había colocado junto a la ventana y tiró el cigarrillo.

—¡Margo! —llamó.

Volvió la cabeza, frunció el ceño, y fue a uno de los dormitorios. La preciosa muchacha pelirroja dormía apaciblemente, tendida de lado en la cama, vestida. Crosk la sacudió rudamente por un hombro.

—¡Despierta! ¡Algo ha sucedido!

Margo abrió los ojos, vio a Crosk y se sentó rápidamente en la cama. La luz del sol penetraba de lado, por la ventana.

—Ya es de día —exclamó—. ¡No has debido dejarme dormir tanto, Crosk!

—Tamblin y Ketter no han regresado todavía… Regresa un perro, solo.

La muchacha lanzó una exclamación, saltó de la cama y salió a toda prisa del dormitorio, seguida por Crosk. Llegaron a la ventana del comedor cuando el perro estaba a pocos pasos de la casa… Le colgaba la lengua de tal modo, que Crosk comprendió que el animal estaba extenuado. Fue a abrir la puerta. El perro entró, lo olfateó, olfateó a Margo, y movió su corto rabo, mirando a uno y otra. Se dejó caer de lado y se quedó así, con la lengua fuera, sin dejar de mirarlos.

—Algo ha salido mal —murmuró Crosk.

—Quizá el perro los perdió de vista y ha regresado solo.

Crosk movió negativamente la cabeza.

—No. Ketter y Tamblin los han entrenado muy bien. Algo ha ocurrido… Algo grave para nosotros, desde luego.

—No creo que hayan motivos para asustarnos. Antes de partir para las Hawaii, el señor Lamarr nos dijo que ese detective andaba buscando a los Ackerman, pero ya habrá terminado su búsqueda.

—Quizá. Pero Ketter y Tamblin ya tendrían que estar aquí.

—Posiblemente estuvieron rastreando a ese detective hasta encontrarlo. Si lo hubiesen encontrado en su casa, ya habrían vuelto, pero el tal Nash debe ser un hombre de gran movilidad, y han tardado en localizarlo. El señor Lamarr dijo que iba con aquella chica, la secretaria del abogado…

—Esto no me gusta. Debimos dejar en paz a ese sujeto.

—¿Cómo habíamos de dejarlos en paz, si ellos saben que Ackerman habló del zoo? —refunfuñó la muchacha—. Tranquilízate: ya verás como Tamblin y Ketter y el otro perro aparecen pronto con el coche, y con los cadáveres, para tirarlos al mar, como se hizo con los Ackerman.

Crosk miró su reloj.

—El helicóptero llegará a las nueve, para recoger esos cadáveres… Bueno, falta más de una hora. Esperaremos.

Pero a las nueve de la mañana, Ketter y Tamblin no habían regresado; ni el otro perro.

El helicóptero sí llegó, puntualmente, como la vez anterior, cuando tuvo que llevarse los cadáveres de Bridgett y de los Ackerman.

Un solo hombre saltó del aparato y se acercó a la vieja granja, mirando a todos lados.

Crosk salió a recibirlo al porche y, apenas verle la expresión, el piloto del helicóptero comprendió que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—No lo sé. Hace una hora regresó un perro, solo.

—¿Y Ketter y Tamblin?

—Ya te digo que no lo sé. No han regresado.

Se quedaron mirándose, preocupados. El piloto entró en la casa y fue a acuclillarse junto al perro, que le contempló vigilante, miró a Crosk y de nuevo al piloto.

—¿Qué miras? —preguntó Margo.

—Me aseguraba de que el perro no está herido… ¿Qué puede haber pasado?

—A mí sólo se me ocurre una cosa —murmuró Crosk—: si ellos

no han regresado, es que les ha ocurrido algo grave.

—¿Un accidente?

—No sé, pero creo que no, pues en ese caso, el perro se habría quedado con ellos y con el otro perro.

—¿Qué crees tú que significa el hecho de que el perro haya regresado solo?

—Han muerto.

El piloto respingó. Miró a Margo, de nuevo a Crosk.

—Margo, vuelve en tu coche a Miami y procura enterarte de lo sucedido. Si ha sido un accidente o ha ocurrido algo… especial, las noticias saldrán en televisión, o por la radio, los periódicos… En cuanto sepas algo, reúnete con nosotros en Nueva Orleáns. Pero no te muevas de Miami hasta que yo te llame. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, Wilkes.

—Bien. Nosotros nos vamos en el helicóptero ahora mismo… ¿Tienes algo comprometedor aquí, Crosk?

—No, nada. Podemos marcharnos cuando quieras.

—Pues ahora mismo. Mata al perro.

—¿Qué…?

—¡Que lo mates!

—Pero, Wilkes —intervino Margo—, es un buen animal, está bien entrenado… —Por Ketter y Tamblin. Si ellos han muerto, este animal sólo nos causaría problemas, a la larga. ¡Mátalo!

Crosk volvió la cabeza hacia el animal, y se mordió los labios. El perro lo estaba mirando, tranquilo, confiado. Crosk bajó los párpados, sacó su pistola, apuntó brevemente y disparó. El animal saltó, emitiendo un breve gemido, con una bala en la cabeza.

—Ya tienes un cadáver para tirar al mar —masculló—. Espero que eso te haga feliz.

Wilkes le miró un tanto irritado, pero acabó por encoger los hombros.

—Será mejor que te largues ya, Margo —dijo.

La pelirroja salió de la granja, y Wilkes fue al dormitorio, para recoger una sábana, en la cual metió al perro. Unió los cuatro extremos y miró al sombrío Crosk.

—¡Ayúdame! —refunfuñó—. Este animal pesa como un caballo.

Tomaron dos puntas cada uno y fueron hacia el helicóptero. Margo salía del establo, ya al volante de su automóvil, y se despidió

saludando con la mano.

Un minuto más tarde, el helicóptero alzaba el vuelo. Desde arriba, Crosk y Wilkes vieron el coche de Margo rodando por el camino, hacia la Stirling Road.

Lo que no vieron fue otro coche, metido entre los arbustos y debajo de un grupito de árboles.

Mientras tanto, Margo viajaba tranquilamente. Llegó a Stirling Road en pocos minutos, y por ella, al empalme de Dania. Desde allí, por la Nacional 1, descendió hacia Miami, sin ocurrírsele, en ningún momento, preocuparse por ninguno de los coches que circulaban tras ella en esa misma dirección.

Hacia las nueve de la mañana, Margo detenía el coche entre las columnas que sostenían un bonito edificio de cara al mar. El edificio era exactamente el número 480 de North Bayshore Drive, en Miami Shores.

Subió a su apartamento, el
4 C,
y se dedicó a prepararse el desayuno, mientras escuchaba la radio. Cuando dieron las noticias, no oyó nada que pudiera interesarle. Se pasó la mañana tumbada en una extensible en la terraza, contemplando el mar azul. Las noticias del mediodía fueron mucho más interesantes…

Un hombre había sido hallado, muerto, en una lancha amarrada a un embarcadero de Coral Gables Waterway, a la altura del cruce de Riviera Drive y Aurelia Avenue. Gracias a la televisión, Margo pudo ver unos planos del cadáver sobre la lancha, y también del rostro del hombre. No hubo el menor gesto de compasión o sobresalto en el lindo rostro de Margo, al reconocer a Tamblin. Simplemente, se limitó a preguntarse dónde estarían Ketter y el otro perro.

El resto del domingo transcurrió sin que se produjesen noticias que mereciesen el interés de Margo. El lunes por la mañana sí apareció una diminuta noticia en el *Miami Herald*: en el Coral Gables Waterway, ya muy cerca del mar, había sido hallado, flotando muy cerca de la orilla, el cadáver de un hermoso perro de la raza doberman, ahogado. Y el martes a mediodía, la última noticia, por televisión: un hombre, no identificado, había sido hallado en el mar, cerca de la desembocadura del Coral Gables

Waterway, muerto de un balazo en el pecho.

Después de esto, Margo se dedicó a reflexionar durante un par de horas.

Por fin, hacia las dos de la tarde, recurrió a la guía telefónica de Miami. Localizó en seguida el nombre que buscaba, es decir, el apellido: Nash. Había varios Nash, por supuesto, pero ella centró su atención en Nash, Clifford. Y también, en Nash Investigations; A este nombre había dos teléfonos. Al de Nash, Clifford, uno. Primero llamó a Clifford Nash, pero el teléfono estuvo sonando en vano, de modo que optó por llamar a la Nash Investigations.

Le contestó una voz de mujer.

—¿…?

—Quisiera hablar con el señor Nash —pidió amablemente Margo.

—…

—¡Ah…! Bien. ¿A qué hora le parece que puedo volver a llamar?

—…

—¿Desde el sábado no saben nada de él? Bien… Volveré a llamar. Gracias.

Colgó y buscó otro número, esta vez a nombre de Prince, Ophelia. A este número, y de nuevo al de Nash, Clifford, estuvo llamando cada cuarto de hora hasta las cuatro de la tarde, sin obtener respuesta. A las cuatro y cuarto, tras una última llamada a cada uno de estos números, buscó otro nombre en el listín: Donner, Edward T.

También aquí contestó una mujer, pero por la voz supo en seguida que su edad era considerablemente más avanzada que la de la persona que la había atendido en Nash Investigations.

—…

—Con el señor Donner, por favor.

—…

—Es un asunto urgente… Si no está ahí, quizá pueda encontrarlo en su domicilio.

¿Puede darme el número de teléfono?

—…

—¡Ah, entiendo! No sabe nada de él desde el sábado… Bueno, quizá si hablase con su secretaria, la señorita Prince…

—…

—¿Ella tampoco ha aparecido desde el sábado? Bien, mala suerte. Buscaré otro abogado. Muchas gracias.

Colgó, y de nuevo quedó pensativa, antes de decidirse a marcar otro número. Esta vez era de la Eastern Airlines. Margo reservó un pasaje para Nueva Orleáns, y tras concretar que lo retiraría en el Miami International Airport, colgó.

A las siete y veinte de la tarde partía en avión hacia Nueva Orleáns. Llegó allá alrededor de las nueve y media de la noche, tomó un taxi y le dio una dirección.

Eran poco más de las diez de la noche cuando, finalmente, Margo llegó al apartamento donde estaban Wilkes y Crosk, a los cuales, una vez acomodada en el *living,* explicó todo lo que había sabido.

Cuando terminó el relato, los tres quedaron pensativos durante unos segundos. Por fin, Wilkes murmuró:

—Parece que hayan muerto todos, ¿no?

—Ketter y Tamblin, es seguro —asintió la linda pelirroja—. En cuanto a Nash. Donner y la secretaria de éste, yo diría que también han muerto.

—Pero ¿qué pudo ocurrir? —musitó Crosk.

Wilkes movió la cabeza, dubitativo.

—Ya sabemos que Ketter y Tamblin eran muy efectivos, personalmente o utilizando los perros. Posiblemente, primero se «cargaron» al abogado, al que debieron encontrar fácilmente. Luego, terminaron con Nash y la secretaria, que debían continuar juntos.

—Muy bien —admitió Crosk—. Pero ¿quién mató a Tamblin y Ketter?

—Según parece, Ketter y Tamblin murieron cerca del domicilio de esa chica, la Prince…

Ketter pudo también morir en el canal, y por eso su cadáver apareció cerca del mar.

Igualmente, que el perro. Y, naturalmente, sólo pudo matarlos ese detective privado.

—Entonces, ¿quién lo mató a él, y a la chica?

—De algún modo, hubo una pelea en la que murieron todos… ¿Qué otra cosa podemos pensar?

—Pero los cadáveres de la secretaria y de ese Nash no han

aparecido.

—Ya aparecerán, seguramente muy adentro del mar. De todos modos, lo mejor será que informe de todo esto. Volveré pronto.

Wilkes salió del apartamento… Regresó hacia la medianoche, se dejó caer en un sillón y sonrió.

—Dejaremos las cosas como están. Desde luego, Miami queda olvidada, por el momento. Ninguno de nosotros se acercará a esa ciudad. Pero tenemos órdenes de empezar a buscar nuevos clientes para el zoo, en Nueva Orleáns. Mañana mismo empezaremos a trabajar.

—¿Tengo que trabajar yo, Wilkes? —preguntó Margo.

—No. Tú y Crosk descansaréis una temporada, por si acaso… Las demás chicas se encargarán de reclutar el nuevo grupo de clientes.

—Esperemos —sonrió Crosk— que sea un buen lote.

Para entonces eran las cero horas y doce minutos del día cinco de junio de mil novecientos setenta y cuatro.

CAPÍTULO VI

—… En Nueva Orleáns, a diez de junio…, etcétera, etcétera. Esto es todo por hoy, Susan. A menos que quede algo importante pendiente antes de mi marcha… ¿Recuerda usted alguna cosa?

La secretaria se puso en pie, cerrando su bloc de notas.

—No, señor Lassiter. Le deseo unas felices vacaciones, y que usted y su esposa se diviertan mucho.

—Gracias, Susan. Le traeré un regalo a mi regreso… Y por favor, pórtese bien con el señor Ferguson: está tan enamorado de usted, que a poco que lo provoque va a perder la cabeza. Aunque ¿quién sabe? Quizá a mi vuelta los encuentre casados.

—¡Oh, no! —rió Susan—. No estaría bien dejar a la empresa sin gobierno, durante su ausencia, señor Lassiter. Mientras usted esté fuera, el vicepresidente y la secretaria seguirán al pie del cañón.

—¡Ah…! ¿Quizá eso quiere decir que cuando yo vuelva…?

—No sé.

—Confidencialmente, Susan —el señor Lassiter guiñó un ojo—: ¿está usted enamorada de Chris o no?

—Lo pensaré durante estos días —rió la muchacha.

Salió del despacho, dejando solo a Silas Lassiter, que se quedó sonriendo unos segundos. Luego, recordó que aún le quedaban cosas por hacer en casa y se puso en pie.

Bueno, no le iban a sentar mal unas vacaciones. Aunque había algo que no le gustaba: ¿por qué demonios tenía que llevar a su esposa? Puesto que se trataba de algo tan original y absolutamente divertido e inédito, habría preferido ir solo, o, quizá, llevar a su amiguita, la bella Rosie… En fin: las condiciones eran llevar a la esposa, o no había viaje.

—Estoy tan aburrido de todo —reflexionó el señor Lassiter—

que puedo aceptar cualquier cosa, aun en compañía de Vivian.

Por fin, abandonó el despacho, sin dejar de pensar en qué podía resultar aquello tan inédito, tan especial…, algo que jamás podría olvidar mientras viviese.

Muy poco después, el señor Lassiter abandonaba el aparcamiento de su próspera empresa, en su estupendo «Cadillac». Así es la vida: lo tenía todo, y en tal medida, que ya no sabía qué hacer para divertirse. Su ansiedad en tal sentido era tal, que incluso había aceptado llevar a su esposa en aquel viaje. ¿Y por qué no? Quizá sí se divirtiese.

Hacia las cinco y media, el señor Lassiter llegó a su quinta en Nueva Orleáns. Entró en la casa. El ama de llaves acudió a su encuentro.

—Señor, la señora le está esperando en el salón, con una visita.

—¿Una visita? ¿Quién es?

—No lo sé, señor. Me dijo que era imprescindible que él hablase con la señora, y ella lo recibió. No me dijo su nombre…

Lassiter refunfuñó algo, mirando de reojo al ama de llaves, mientras se dirigía hacia el salón.

Cuando Lassiter entró en el salón, el hombre que estaba conversando con su esposa se puso, en pie. Era muy alto y aceptablemente atractivo, a pesar de su rostro anguloso, seco. Otra cosa que percibió fue la mirada directa e inteligente de aquel hombre.

—Querido, es el señor Nash —presentó su esposa—. Clifford Nash, detective privado.

—¿Cómo está usted, señor Lassiter? —saludó Nash.

Silas Lassiter tendió su mano… mientras alzaba las cejas.

—¿Detective privado? —La idea de que Vivian lo había contratado para que investigase su asuntillo con Rosie le pareció poco menos que descabellada—. ¿Necesitamos un detective privado, querida?

—No, no. —Vivian le dirigió una mirada irónica, que casi hizo enrojecer a Lassiter—. El señor Nash ha venido a vernos por propia iniciativa.

—¡Ah! ¡Bien…! ¿Qué desea usted, señor Nash?

—Es un poco largo de explicar, señor Lassiter.

—Disponemos de poco tiempo. Mi esposa y yo partimos mañana

de viaje, y todavía tenemos que…

—Es precisamente sobre ese viaje. Será mejor que no lo realicen, señor Lassiter.

Silas Lassiter frunció el ceño, se sentó y se quedó mirando hoscamente a Nash, que ocupó de nuevo su sillón.

—Debe usted tener muy buenos motivos para decir eso, supongo.

—Se lo explicaré todo… Todo lo que sé. Pero antes dígame una cosa, señor Lassiter: ¿le han hablado de un zoo?

—No —se sorprendió Lassiter—. Desde luego que no.

—Sin embargo, yo tengo la certeza de que los van a llevar a ustedes a un zoo.

—Pues no sé… Quizá. Pero ¿qué tendría de malo visitar un zoo?

—Voy a rogarles que me escuchen con gran atención —murmuró Cliff—. Veamos… El día uno de este mes, un abogado llamado Donner me llamó a mis oficinas de Miami para que fuese a verle. Una vez allí, me contó que…

A medida que iba avanzando en su relato, Nash se daba cuenta de la gran atención que conseguía despertar en los Lassiter. Atención que fue convirtiéndose en incredulidad y espanto cuando llegó la parte del Coral Gables Waterway…

—Conseguimos seguir al perro. Escondimos el coche, y nos dedicamos a vigilar la casa.

Una hora más tarde, llegó un helicóptero. El piloto entró en la casa. Luego, él y otro hombre salieron llevando una sábana con algo pesado dentro; creo que era el perro, al que seguramente habían matado. Se fueron en el helicóptero, así que no pudimos seguirle. Pero sí pudimos seguir a la muchacha pelirroja. No salió de su apartamento en todo el domingo, ni el lunes… El martes por la tarde, estamos seguros de que fue ella quien llamó por teléfono a mi agencia y al despacho del señor Donner, preguntando por éste y por su secretaria, del mismo modo que había preguntado por mí. Parece ser que conseguimos engañarla: tanto el señor Donner como la señorita Prince y yo, simplemente, nos ocultamos… Como si hubiésemos muerto, ¿comprende?

—Sí, pero…

—Espere. El martes, hacia las seis de la tarde, la chica pelirroja salió del edificio. Fue al aeropuerto y tomó vuelo para Nueva

Orleáns…

—¿Cómo sabe usted eso?

Nash quedó un instante atónito.

—Bueno, señor Lassiter, por supuesto mi agencia está trabajando de lleno en esto.

Varios de mis hombres, al mando de mi ayudante, Mike Bowles, se estaban turnando en la vigilancia de la pelirroja desde que, tras verla entrar en el apartamento, yo llamé a Mike y lo dejé encargado de esa parte.

—¿Y usted se escondió?

—La señorita Prince, el señor Donner y yo nos… retiramos de la circulación —puntualizó Nash—. Me pareció lo más conveniente, ya que si habían querido matarnos a la señorita Prince y a mí, era posible que quisieranˆ matar también al señor Donner, ya que, al parecer, los tres habíamos oído hablar del zoo. Respecto al zoo, nos ocupamos de conseguir fotografías de los señores Ackerman, Lamarr y Hodden, y las hicimos circular por el Crandon Park Zoo y los otros sitios, por medio de mis hombres. En ninguna parte recordaba nadie a ninguno de estos señores, ni a sus esposas. Esta parte del trabajo se hizo mientras la pelirroja permanecía en el edificio, la mayor parte del tiempo tomando el sol en su terraza. Bien… Ella salió por fin el martes, hacia las seis de la tarde, y fue al Miami International. Naturalmente, fue seguida en todo momento. Allá retiró un pasaje con destino a Nueva Orleáns. Uno de mis hombres tuvo tiempo de adquirir un pasaje para el mismo vuelo, y cuando ella llegó a esta ciudad, la siguió. Fue a un edificio de apartamentos, del cual salió a la mañana siguiente. Era ya el miércoles pasado. Para entonces, otros dos de mis hombres, y Mike Bowles, habían llegado ya a Nueva Orleáns, en vuelo privado. La pelirroja se fue en taxi a un motel, y se inscribió allá con el nombre de Margo Tracy. Uno de mis hombres se quedó vigilándola. Mike y otro regresaron al edificio de apartamentos, donde se había quedado el primero de mis hombres en llegar a Nueva Orleáns…

—Parece que su agencia es importante, señor Nash.

—Funciona bien —admitió Cliff—. ¿Por qué?

—No sé. Me sorprende. Yo creía que los detectives privados no disponían de…

—Hay muchas clases de detectives privados. Pero déjeme seguir,

por favor. Decía que Mike Bowles regresó al edificio de apartamentos. Y aquella misma mañana vieron salir a dos hombres que fueron identificados gracias a mi descripción: era el del helicóptero y el que había estado en la granja, con Margo. Este último se fue a un hotel, y se alojó allá, con el nombre de Maxwell Crosk. Desde entonces, igual que Margo Tracy, está vigilado estrechamente. Pero vamos a dedicarnos al sujeto del helicóptero. Éste es el interesante, ya que ni Crosk y la Tracy parecen tener asignada actividad alguna… Bien. Mike Bowles, con uno de mis hombres, siguieron al del helicóptero, que más adelante supimos que se llama James Wilkes. Este Wilkes…

—Señor Nash, espere. ¿Debemos entender que usted no ha puesto al corriente de todo esto a la policía?

—Todavía no.

—¿Todavía? ¿Piensa hacerlo?

—Quizá —le miraba fijamente Cliff.

—Su actitud no me parece… correcta ni prudente. Yo estaría mucho más tranquilo si la policía interviniese en esto.

—Señor Lassiter, lo evidente de este caso es que los dos hombres que tuve que matar en el canal, eran unos asesinos profesionales. Me parece razonable pensar que aquellos perros mataron al señor Ackerman, y posiblemente, a la señora Ackerman. La policía está investigando la desaparición de éstos, y yo he considerado que ya tienen suficiente trabajo. Eso, por un lado. Por otro, la policía no simpatiza con las agencias privadas de investigación, en general, y aunque éste no es mi caso, he preferido no complicarme la vida. Más adelante quizá explicaré a la policía esta parte. Por el momento, prefiero seguir sólo en esto. ¿Y sabe por qué, señor Lassiter?

—No… No.

—Porque quiero saber qué es el zoo y dónde está.

—Bueno, hay muchos zoos en…

—¡No, no, no!, señor Lassiter… Ese zoo tiene que ser especial. Un lugar del cual, los que han estado allí, niegan tener noticias. Dicen que jamás han ido al zoo. ¡Mire!, si yo voy ahora a contárselo todo a la policía, ¿qué cree que haría ésta?

—No sé…

—Detendrían a todo el mundo relacionado con el asunto: a la

pelirroja, a Crosk, a Wilkes…, y a las otras tres chicas. Pero ¿qué pasaría si ellas y ellos no supiesen tanto como a mí me interesa? Nos quedaríamos a mitad de camino. Y yo quiero llegar al final. Y ya que las he mencionado, le hablaré de las otras tres chicas. James Wilkes fue a verlas a un pequeño chalé cerca del río, la mañana en que Margo Tracy y Maxwell Crosk buscaron alojamiento individual, desconectándose así, supongo que por una temporada, de este asunto. Decía que Wilkes fue a ver a esas tres chicas… Parecidas a Margo: jóvenes, bonitas, simpáticas, alegres, con cierta clase… Una de esas chicas fue a verle a usted, señor Lassiter. Es decir: le abordó muy simpáticamente el sábado… ¿No es así?

—Bueno… sí.

—Las otras dos fueron a ver a otros dos caballeros: Cyril Samuels y Baldwin Grooms.

¿Los conoce usted?

—Sí —parpadeó Lassiter, sorprendido—. Desde luego que sí. Son buenos amigos nuestros.

—La misma técnica que en Miami, ¿no se da cuenta? Nosotros vamos a dejar que Margo Tracy y Maxwell Crosk se dediquen a descansar en sus respectivos alojamientos.

Sabemos ya que no van a intervenir en esto, así que los dejaremos en paz hasta el momento de detenerlos. Pero nos interesan esas tres chicas. Después de estudiar un poco a los Samuels, a los Grooms y a los Lassiter, yo me he decidido por ustedes. Señor Lassiter: ¿qué le dijo exactamente aquella bella muchacha? ¿Está seguro de que no le habló de un zoo?

—Segurísimo. Bueno, ella me preguntó si podía llevarla a la ciudad, y accedí, por supuesto. Durante el camino fuimos charlando…

—No me cabe duda. Deben ser algo así como unas… *public relations*. Siga, por favor.

—Pues… Bueno, íbamos charlando, y de pronto, ella se sinceró. Dijo que yo había sido elegido cuidadosamente como cliente para la nueva diversión…

—Eso quiere decir que eligen a los clientes con gran cuidado antes de abordarlos. ¿Qué más?

—Me interesó lo que decía. Por un momento, pensé que era un timo, o algo así, pero ella adivinó lo que pensaba y se echó a reír.

Me dijo que su organización cobraba los servicios después de haber complacido al cliente, el cual, si no lo había pasado bien, podía negarse a pagar. Me pareció razonable. La idea me gustó. No llevo una vida muy divertida, francamente… Le pregunté a la muchacha que qué ganaba ella en todo esto, y dijo que, naturalmente, una comisión por cliente…

—En definitiva, señor Lassiter, usted lleva una vida tan aburrida, que, ante tantos alicientes que se le sugerían, decidió aceptar. Se trata de un viaje… ¿Adónde?

—No lo sé. Ella dijo que era una sorpresa… Lo único que dijo al respecto es que se trataba de un lugar tal, que yo jamás lo habría podido ni siquiera soñar, con diversiones inéditas en el mundo…

—A mí también me pareció agradable la idea —intervino la señora Lassiter—. Mi vida es aún más aburrida que la de Silas, señor Nash. Al menos, él tiene su trabajo…, y algunas cosas más. Ha sido una gran delicadeza por su parte llevarme esta vez, en lugar de decir que se va en viaje de negocios… Creo que no debo perderme ese viaje.

—Es posible que se diviertan mucho —dijo Nash—. Pero ¿y después?

—¿Después?

—Hay una cosa segura en todo esto, señora Lassiter: sean quienes fueren los componentes de esa organización que proporciona diversiones inéditas, disponen de asesinos profesionales y de perros entrenados para matar. No deberían olvidar ustedes esto. Y, en fin, yo tengo una solución que quizá sea de su agrado.

—¿Qué solución?

—Quisiera ir en lugar de ustedes. Luego, a mi vuelta, les diré si vale o no vale la pena el viaje y las diversiones.

—Pero eso es imposible —dijo Lassiter— a quienes esperan es a nosotros. Además, tiene que ser un matrimonio, no hombres solos…

—¡Oh! —dijo la señora Lassiter.

—Puedo encontrar solución a eso —aseguró Cliff Nash—. Pero ustedes no deben ir.

¡Hum…! Podría usted escribir una nota, señor Lassiter, presentándome como un amigo suyo que ocupa su plaza. Diga que tiene que atender un asunto inesperado en Washington, por ejemplo… Y desde luego, inmediatamente de esto, usted y su esposa

se van lo más lejos posible de Washington, acompañados por Mike Bowles, el cual les avisará respecto a cuándo deben volver a casa.

—No sé… ¡Demonios!, todo esto es un poco raro, señor Nash.

—Lo sé. Pero si usted no acepta, me veré obligado a recurrir, finalmente, a la policía.

Eso significa que de todos modos ustedes perderían el viaje. Y quizá sea lo mejor.

—¿Por qué? —Gruñó Lassiter—. Los de Miami volvieron, ¿no es así? No les ocurrió absolutamente nada.

—En el viaje, no. Pero en estos momentos, tememos que los Ackerman hayan sido asesinados, y los Lamarr y los Hodden han huido de Miami, asustados. Quizá más adelante quieran también asesinarlos a ellos… ¿Por qué correr ese riesgo, señor Lassiter?

—Usted está dispuesto a correrlo, ¿no?

—Ése es mi trabajo.

—Además, tendrá que llevar una mujer… ¿Está casado?

—No. Pero conozco a una chica que aceptará, con mucho gusto, ser presentada como mi esposa: mi secretaria. Sólo tengo que llamarla a Miami, y estará aquí lo más pronto posible… Se llama Trudy, y sabe muy bien que trabajar conmigo a veces puede ser peligroso. De todos modos, Trudy sabe manejar armas, y no quisiera tener que pelear con ella: es cinturón negro de karate. Vamos, señor Lassiter, sea razonable. ¿Qué más puedo decir para convencerlo…? Veamos: ¿alguna vez se le ha echado encima un doberman?

—Claro que no —palideció Silas Lassiter.

—Creo que deberíamos aceptar —musitó la señora Lassiter.

Cliff Nash tardó muy poco más en convencer a Silas Lassiter. Conseguido esto, procedió a dar muy concretas instrucciones al matrimonio, y poco después abandonaba la quinta.

En el coche alquilado se dirigió avenida abajo, tras consultar un plano de la ciudad, para localizar el lugar donde se encontraría con Mike Bowles.

Cuando llegó al lugar de la cita, Mike le estaba esperando dentro de otro coche. De ventanilla a ventanilla, se miraron, y cuando Nash hizo un gesto de gancho con el dedo índice, Mike se apeó de su coche y fue hacia el de su jefe y amigo.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó, sentándose a su lado.

—Han aceptado que yo emprenda un viaje en lugar de ellos. Y

no me preguntes adónde ni cómo, porque no lo sé. Lo único que sé es que mañana a las seis de la tarde tengo que estar en la entrada al City Park por la parte de Robert E. Lee Boulevard. Con mi esposa.

—¿Con quién? —Respingó Mike.

—Con Trudy.

—¿Con…? ¡Oh, entiendo! Bueno, Cliff, ¿no crees que quizá estamos llevando esto demasiado lejos?

Nash le miró torvamente.

—¿Tú crees, Mike?

—Está bien, está bien —sonrió el simpático Bowles—. No lo digas: o trabajamos así, o la Nash Investigations no sería la Nash Investigations… ¿No es eso?

—Exactamente. Llamaba Trudy. Dile que consiga cualquier documento de los que tenemos archivados por medio del cual, ella y yo podamos presentarnos como matrimonio…, Sin fotografías, Mike. ¡Hum! Puede tomar el mismo vuelo que tomé yo, de modo que llegaría mañana a las tres y media a Nueva Orleáns. Dile que la estaré esperando.

—De acuerdo. Mira, no hay cuidado con respecto a Trudy; no creo que la conozcan.

Pero ¿y tú? Si te buscaban para liquidarte…

—Los que me buscaban ya no podrán identificarme —gruñó Nash—. Quedan Crosk y Margo Tracy, pero ésos han sido apartados del negocio por ahora.

—Es un buen trato, ¿no?

—Magnífico.

—Ahora si me lo permites —musitó Mike— quisiera hacerte notar otra cosa. Es respecto a los clientes que esa gente busca.

—Sé lo que vas a decir: todos ellos son de edad mediana. Y desde luego, tienen muchísimo dinero… Me parece que yo no encajo en ninguno de esos dos requisitos.

—¡Hombre!, tampoco eres tan pobre… Otra cosa más, Cliff. ¿Qué pasará si ellos se niegan a llevarte a ese viaje?

—En tal caso, tú y los muchachos, que me habréis seguido tan discretamente como os he enseñado, intervendréis para ayudarme a detener a quien sea. Y entonces ya veremos qué pasa.

CAPÍTULO VII

A las tres y media de la tarde del día siguiente, martes, once de junio, Clifford Nash estaba ya ante la salida de los vuelos nacionales esperando a Trudy.

Trudy no llegó.

En su lugar apareció Ophelia Prince, elegante y bellísima, llevando una maleta y un maletín. Al verla, Cliff palideció. Luego miró por detrás de la muchacha, esperando ver también a Trudy.

—¡Hola! —Se plantó Ophelia ante él, sonriendo.

—¿Y Trudy? —exclamó Nash.

—Se ha quedado gobernando tu agencia, naturalmente. No iba a permitir que tu negocio quedase abandonado… Además, si necesitas una esposa no estoy dispuesta a ceder la plaza, mi amor.

—La voy a despedir —jadeó Cliff—. ¡La voy a despedir por estúpida! ¡Le dije que era ella la que tenía que venir, y cuando yo doy una orden…!

—¡Oh! Vamos, no seas tan rudo, Cliff. Trudy me llamó. Le pregunté qué ocurría, y cuando me dijo que tú necesitabas una chica para presentarla como tu esposa, le pedí el puesto… Ella lo comprendió.

—Ophelia… Escucha, Ophelia. Yo sé que mi personal está capacitado para afrontar diversas circunstancias por difíciles que sean. Lo he seleccionado muy bien… Pero tú…

¿Sabes karate?

—¡Claro que no!

—¿Y manejar una pistola?

—Eso sabe hacerlo cualquiera, ¿no?

Cliff Nash se quedó moviendo la cabeza, como bajo el peso de varias ideas que iban de un lado a otro. De pronto señaló uno de los

sillones de la sala de espera.

—Ve a sentarte allí. Volveré en seguida.

Se reunió con la impaciente Ophelia casi veinte minutos más tarde. Parecía derrotado, agotado, cuando se sentó a su lado.

—¿Qué has estado habiendo?

—No hay ningún vuelo que Trudy pueda tomar en Miami y estar aquí antes de las seis de la tarde —murmuró Cliff—. Así que tendrás que venir conmigo.

—Estoy dispuesta. Trudy me dio unos documentos que prueban que somos marido y mujer… hasta que la muerte nos separe.

—¿A qué nombre?

—Carawan. Thomas y Ruth Carawan.

—Está bien. Tendremos que estudiar eso, y preparar un pequeño historial sobre nosotros en dos horas. ¿Y sabes una cosa? Es muy posible que la muerte nos separe, querida.

—Solamente a ella se lo permitiría —dijo, muy seria la flamante señora Carawan.

El flamante señor Carawan se quedó mirándola fijamente. Por fin, la asió por una orejita y la atrajo, para besarla en los labios. Después de todo, al parecer, todos regresaban del zoo.

Hasta las cinco y media estuvieron paseando en el coche alquilado por Cliff. A esa hora, Cliff dejó el coche en un estacionamiento y tomaron un taxi, en el cual cargaron la maleta y el maletín de Ophelia y la maleta que él tenía asimismo preparada. Desde el mismo momento en que dejaron el coche alquilado, un coche se colocó tras ellos y luego detrás del taxi. Cliff miró por la ventanilla, sonrió al ver a Mike Bowles al volante de aquel coche.

A las seis menos cinco llegaron ante City Park, por la parte de Robert E. Lee Boulevard.

Se apearon, colocaron sus maletas a un lado de la entrada y se dispusieron a esperar.

A las seis nadie había llegado a recogerlos.

Casi a las seis y media, un coche se detuvo delante mismo de ellos, un hombre se apeó y se acercó rápidamente.

—¿Ustedes son los amigos de los señores Lassiter?

—Sí —masculló Cliff—. Estamos aquí desde las…

—Ya lo sabemos. Vengan al coche, por favor. ¡Oh! Yo me ocuparé de las maletas.

Otro hombre había salido del coche. Abrió el maletero y volvió ante el volante. Las maletas fueron colocadas en el coche, Cliff y Ophelia ocuparon el asiento de atrás, y el primer hombre se sentó junto al conductor.

—¡Vámonos!

El coche arrancó.

—Escuche —farfulló Cliff— la hora de recogida…

El hombre se volvió hacia ellos, sonriendo amablemente.

—Les ruego que nos disculpen. Llegamos aquí a las seis en punto, y los vimos. Pero nosotros esperábamos encontrar a los señores Lassiter, así que… llamamos a la casa de los señores Lassiter, y allá nos dijeron que ellos habían tenido que partir esta mañana para Washington, urgentemente, y no sabían nada más. Entonces pensamos que quizá ustedes son amigos de los Lassiter y que habían venido en su lugar. ¿Es así?

—En efecto.

—Lamento haberles hecho esperar, pero espero que lo comprenda, señor… señor…

—Carawan… Thomas y Ruth Carawan.

—Encantado. Lo pasarán estupendamente, se lo garantizo… Me gustaría poder explicarles muchas cosas, pero soy bastante torpe. Nuestras *pleasing-girls* se lo explicarán mucho mejor.

—*¿Pleasing-girls?* —Alzó las cejas, Ophelia.

—Sí. Las llamamos así, naturalmente, porque van proporcionando placer a personas hastiadas. Por cierto: ustedes me parecen demasiado jóvenes para estar ya aburridos, señora Carawan.

—La vida resulta más o menos larga según la intensidad con que se viva —dijo Cliff.

—Señora Carawan: usted nunca olvidará este viaje, se lo garantizo. ¿Les puso al corriente de todo el señor Lassiter?

—No demasiado —contestó Cliff—. Pero entendimos que no había que pagar nada hasta quedar satisfechos.

—Por supuesto. ¿Qué ha ocurrido con los señores Lassiter?

—Ni idea. Nos llamaron para decirnos que tenían que partir urgentemente a Washington. Nos propusieron ocupar su lugar y pedir disculpas en su nombre. Esperamos que ustedes las acepten.

—Naturalmente. Todo está bien, no se preocupen.

El hombre volvió a sonreír, y se colocó bien en el asiento.

Poco después, el coche se detenía, muy cerca de la orilla del Lake Pontchartrain, y el hombre se volvía de nuevo hacia ellos.

—Hemos llegado —dijo.

Salieron los cuatro del coche. Los dos sujetos se encargaron del equipaje, y caminaron para acercarse aún más a la orilla del lago. Allá había una barquita, entre unas hierbas y, tras contemplarla, Cliff miró con el ceño fruncido a su guía.

—Hay que ir lago adentro —rió éste—. Pero pronto viajarán con mucho más confort.

El equipaje fue cargado en la barquita, el chófer regresó al coche y el otro tipo, una vez acomodados los tres en la barquita, empuñó los remos y comenzó a maniobrar con uno solo. Segundos después, la barquita navegaba hacia el centro del lago. Y muy poco más tarde, Clifford Nash vio otras dos barquitas por delante de ellos. Miró interrogante al sujeto, que sonrió.

—Son otros invitados —dijo—. Los señores Grooms y los señores Samuels… ¿Los conocen?

—Me parece que no —dijo Nash.

—Sí, querido —intervino Ophelia—. Bueno, no los conocemos personalmente, pero estoy segura de que Vivian los ha mencionado varias veces durante nuestras visitas. Creo que son amigos de los Lassiter…

—¿Ustedes no residen en Nueva Orleáns?

—No. En Baton Rouge.

—¡Ah! No he estado nunca allí… ¿El señor Lassiter los llamó a su casa de Baton Rouge?

—¡Claro! Tuvimos el tiempo justo de hacer un par de maletas y salir pitando… No estamos dispuestos a perdernos nada que valga la pena.

—Me parece una actitud muy inteligente —rió el hombre.

Unos pocos minutos más tarde, la barquita llegaba ya, muy lentamente, bajo el último impulso de los remos, cerca de donde estaban las otras dos separadas por unos cien metros… Cuando por fin se detuvo, los Carawan se miraron y luego miraron al remero, que sonrió.

—En seguida vendrán a por ustedes —aseguró.

Tres minutos más tarde, apareció el hidroavión, que fue a

posarse, finalmente, justo en el centro del triángulo que formaban las tres barquitas, que se fueron acercando al hidroavión. Cuando llegaron allá, la portezuela de éste ya había sido abierta y una escalera metálica que llegaba hasta el agua. En las otras barquitas, Nash vio a los Grooms y a los Samuels, que los Lassiter le habían descrito detalladamente.

Subieron los seis a bordo, donde les esperaba una lindísima muchacha de largos cabellos rubios y expresión dulcemente ingenua, que les sonrió con exquisita amabilidad.

—Señoras y caballeros: sean bienvenidos a bordo. Me llamo Penny, y espero servirles a su gusto durante este primer tramo del viaje. Perdón —se quedó mirando con cortés sorpresa a Cliff y Ophelia—. ¿Ustedes han sido invitados?

—Bueno —empezó Cliff—, nosotros somos…

—¡Penny! —Oyeron la voz del remero de los Carawan.

—¡Discúlpenme! —pidió la muchacha—. Y tomen asiento.

Penny descendió por la escalerilla metálica…, y reapareció un par de minutos más tarde. Recogió la escalerilla, cerró la portezuela y se acercó a Cliff y Ophelia, que la miraron expectantes.

—Todo entendido, señores Carawan. Despegaremos inmediatamente.

Se fue hacia la cabina de la tripulación. Cuando abrió la pequeña puerta, Cliff pudo ver al hombre que estaba ante los mandos. La puerta se cerró. El hidroavión comenzó a deslizarse por el agua, se elevó… Iban hacia el Sur. Es decir, según parecía, directos hacia el golfo de México.

Penny reapareció, se metió en un cuartito y volvió a reaparecer empujando un carrito, en el que se veía un cubo de plata con un par de botellas de champaña y una bandeja con seis copas.

—Bienvenida oficial —sonrió—. Champaña francés, muy frío. Si alguno de ustedes lo desea menos frío, se lo serviré con mucho gusto de la reserva. ¿Señora Samuels?

—¡Oh! A mí me gusta bastante frío, gracias.

—Muy bien. Tengo entendido que ustedes y los señores Grooms se conocen ya, pero quizá no conozcan a los señores Carawan. Son amigos de los señores Lassiter…

—¿De veras? —La señora Grooms miró con expresión indiferente al joven matrimonio Carawan—. Pues no recuerdo…

¿Carawan? No creo que Vivian nos haya hablado de ustedes. Y naturalmente, si viven en Nueva Orleáns, nosotros deberíamos…

—Vivimos en Baton Rouge, señora Grooms —sonrió Nash, que la habría estrangulado.

—¡Aaaah…!

—Los señores Lassiter habían sido invitados a este viaje —dijo Penny, tendiendo su copa a la señora Grooms—, pero parece que han tenido que partir hacia Washington con urgencia.

—¡Vaya, eso si que lo siento! —La señora Grooms sonrió a los Carawan—. No se lo tomen a mal. Es sólo que nosotros conocemos bien a los Lassiter, señor Carawan.

—Lo sabemos —sonrió también Ophelia—. Vivian me ha hablado algunas veces de ustedes.

—¿Sí? ¡Oh, bien…! Parece que tendremos de qué hablar durante el viaje. Recuerdo una vez que Vivian habló de…

La señora Grooms era, ciertamente, una conversadora tenaz, pero Cliff Nash se tranquilizó muy pronto, pues pasaba de un tema a otro con una volubilidad admirable. Se dedicó a examinar a los maridos, y le pareció que se estaban aburriendo espantosamente.

Muy pronto comprendió Cliff que la ruta se desviaba hacia el Oeste. Y en esa dirección estuvieron volando más de tres horas. Finalmente, Penny apareció procedente de la cabina del piloto.

—Vamos a amerizar —informó—. Prepárense para desembarcar.

Minutos después, el hidroavión estaba detenido sobre las negras aguas. La noche había llegado. Por el Oeste, siempre a juicio de Cliff, apareció una luz roja… y otra verde. En seguida comenzó a oír el motor de una lancha, que no tardó en detenerse junto al hidroavión. Los equipajes fueron bajados a la lancha por Penny y un hombre de los dos que habían llegado en la lancha. Luego, los invitados pasaron a la lancha, que partió, mientras el hidroavión hacía lo mismo, emprendiendo el regreso a Estados Unidos. Cliff pensó esto porque tenía la sospecha de que se estaban acercando a la costa mexicana.

Miró a los dos hombres de la lancha, pero optó por no hacer ninguna pregunta. La señora Samuels se quejaba de que tenía frío, y uno de los hombres la acompañó a la cabina. Pero podía haberse ahorrado la molestia, porque la lancha llegó en muy pocos minutos a tierra firme. La playa apareció de pronto, brillante. La lancha

quedó varada en la arena.

Aparecieron dos hombres portando una gran plancha de madera, que colocaron de modo que los invitados pudieran desembarcar sin tener que meter los pies en el agua.

Luego, la plancha fue retirada; la lancha se alejó mar adentro…

—Por aquí, por favor —dijo uno de los hombres.

Doscientos metros alejado de la playa había un coche negro, reluciente. Era de modelo antiguo, con banquetas adicionales. Al volante esperaba un hombre.

—Me gustaría saber dónde estamos —dijo la señora Grooms.

—Sea donde fuere —replicó su marido—, creo que podrían haber organizado el viaje de un modo más confortable.

—Hace un montón de años que te conozco, Cyril —dijo el señor Samuels—, y tengo ganas de que encuentres algo que te guste.

—Empiezo a arrepentirme de haber aceptado. ¿Qué pueden ofrecernos que sea nuevo para nosotros?

—En mi opinión, no tardaremos en saberlo.

Cyril Grooms encogió los hombros, y no dijo nada más. El coche rodaba con cierta incomodidad, por lo que Cliff comprendió que no estaban viajando por una carretera importante. De todos modos, el viaje terminó muy pronto. Apenas cinco minutos más tarde, el coche se detuvo. Los invitados vieron ante ellos una gran explanada, y, hacia el centro de ésta, la forma inconfundible de un avión.

—¡Oh, no! —masculló Grooms—. Otro vuelo, no.

El chófer estaba lanzando las luces del coche hacia el avión. Desde allí, le contestaron con una linterna. Volvió a poner el coche en marcha hasta que llegó junto al avión.

—Les espera la última etapa del viaje —dijo el chófer, volviéndose—. Espero que se diviertan.

De nuevo el trasiego de las maletas. Los invitados subieron entonces, y, apenas entrar en el avión, vieron que no eran los únicos pasajeros: casi todos los asientos estaban ocupados.

Una muchacha, bella silueta, apareció ante ellos.

—¡Bien venidos! —dijo con voz melodiosa—. ¿Señores Grooms, Samuels y Carawan?

—Sí —masculló Grooms.

—Sus asientos están hacia proa. Por favor, síganme.

Oyeron el motor del coche alejándose. Luego, la portezuela del avión fue cerrada. La luna, en cuarto menguante, proporcionaba un resplandor en las ventanillas que era suficiente para ver por dónde caminaban, y las figuras humanas ocupando otros asientos.

Nash calculó que aquel aparato era de unas treinta plazas. Un avión privado…

—Ustedes son los últimos —informó la azafata—. Despegaremos inmediatamente si les parece bien. Mi nombre es Lucille… ¿Desean algo antes de despegar?

Nadie deseaba nada. Lucille desapareció. A los pocos segundos, el avión comenzó a moverse… Los pasajeros parecían estatuas. Los más cercanos a las ventanillas donde daba el reflejo lunar tenían un color gris claro, extraño. Desde luego, la pista no era precisamente magnífica: el avión comenzó a rebotar. Muy poco después, todavía sin luz alguna, despegaba y tomaba la dirección del mar. ¿Volvían al golfo de México?

Cinco minutos más tarde, las luces se encendieron.

—Señores pasajeros —sonó, de pronto, la voz de Lucille en todo el avión—, ésta es la última etapa del viaje, cuya duración será de cuatro horas y media. En la bolsa de cada asiento tienen ustedes la lista de todo cuanto podemos ofrecerles. Les ruego que cada uno señale sus preferencias en su lista, para dar mayor agilidad al servicio, que esperamos sea de su agrado, en todos sus detalles. Esperamos aterrizar hacia las dos de la madrugada. Muchas gracias.

—Lo de cenar no es ninguna mala idea —dijo Cliff, mirando a Ophelia—. Vamos a ver qué nos ofrecen nuestros anfitriones.

—No han dicho adónde vamos —susurró Ophelia.

—Ni lo dirán. Pero es confortante saber que vamos a un paraíso…, del cual, al parecer, todos regresan. Eso es lo importante.

Lucille apareció en el pasillo, acompañada de dos bellas muchachas más, que se dedicaron a atender con extraordinaria amabilidad a los invitados. En pocos minutos, el ambiente se tornó tan grato, que Cliff Nash llegó a pensar que muy bien pudiera ser cierto que viajasen hacia un paraíso y que lo sucedido en Miami no tenía nada que ver con aquello. Había música, una cena magnífica, gente simpática deseosa de pasarlo estupendamente… El único matrimonio joven que había en el avión era el formado por los Carawan, y quizá por eso atrajeron más la atención de los demás.

Poco a poco, la conversación fue languideciendo. Por fin, la música cesó, las luces fueron amortiguadas casi hasta su extinción, y los pasajeros comenzaron a dormirse, vencidos por la buena cena.

Incluso el detective privado Clifford Nash, finalmente, quedó dormido…

Y despertó, de pronto, al oír la voz. Las luces seguían amortiguadas, pero captó el movimiento general de cabezas; el rebullir de los pasajeros, susurros… Pero, por encima de todo, la agradable voz de Lucille:

—Señoras y señores, aterrizaremos dentro de cinco minutos. Por favor, abróchense los cinturones y no fumen, en previsión de cualquier accidente. Muchas gracias.

Antes de abrocharse el cinturón, Cliff miró por la ventanilla, inclinándose hacia Ophelia, que le miraba expectante.

—No veo nada —murmuró él—. Absolutamente nada, ni una sola luz: aquí no hay ningún aeropuerto.

Quizá no hubiese un aeropuerto formal, pero lo cierto fue que, cinco minutos más tarde, en efecto, el avión había aterrizado. La escala fue colocada y los pasajeros comenzaron a descender… hacia la más impenetrable oscuridad.

—Supongo —murmuró Cliff, mirando a Lucille— que usted y sus compañeras no aceptarían una propina, Lucille.

—Por supuesto que no, señor Carawan. Pero todas agradecemos su intención. Y deseamos que cuando volvamos a recogerles estén saturados de felicidad.

—Muy amable. ¿Dónde estamos?

—Si quiere que le diga la verdad —rió Lucille—, ni yo misma lo sé. Pero ¿qué importa?

Cualquier lugar del mundo es bueno para ser feliz, señor Carawan.

—Cierto. Hasta la vista.

—¡Adiós! ¡Adiós, señora Carawan!

Ophelia se tomó de la mano de Cliff y descendieron. Abajo encontraron una mano que los detuvo y oyeron una voz de hombre:

—¡Cuidado! Ya están en tierra. Por aquí, por favor.

A tientas, fueron conducidos hasta un coche, junto con otros invitados. El coche se puso en marcha una vez lleno. Durante unos minutos estuvieron viajando completamente a oscuras. Luego, el

conductor encendió las luces de posición, y las cortas, de alumbrado.

Por delante de ellos, otros coches hicieron lo mismo y también por detrás.

Otros diez minutos más tarde, comenzaron a ver las luces. Y muy pronto pudieron distinguir la casa. Una casa muy grande, de paredes oscuras. Delante habían varios hombres esperando, y cuando los coches se detuvieron, se acercaron. Comenzaron a descargar equipajes.

Los equipajes fueron entrados en la casa, mientras los invitados se iban agrupando.

Sólo entonces, procedente de la casa, llegó un negro altísimo, hercúleo, de blanquísima sonrisa cordial, vestido impecablemente de esmoquin.

—Bien venidos, damas y caballeros —dijo, en perfecto inglés—. Yo soy Norberto, el jefe del personal a su servicio. A su disposición, día y noche. Por el momento, he supuesto que todos querrán descansar, así que los conduciré a sus habitaciones —hizo un ademán hacia el interior de la casa—. Síganme, por favor. Las habitaciones están todas en el piso alto. En cada puerta está indicado el nombre de cada matrimonio, y sus equipajes han sido ya distribuidos… ¿Señores Carawan?

—¡Aquí! —Se adelantó Cliff.

—Lo lamento —les miró, amablemente, el negro—, pero no hemos tenido tiempo de cambiar el cartel con el nombre de los señores Lassiter. Ésa es la habitación de ustedes.

Mañana mismo procederemos al cambio de nombre.

—Muy bien.

Entraron todos en la casa, y subieron al piso donde se hallaban los dormitorios. En verdad, el viaje había sido largo, y todos estaban deseando descansar, así que tras unos murmullos de despedida, cada matrimonio entró en su habitación. Cliff empujó la puerta que ostentaba el cartelito de

míster &

mistress Lassiter. La luz ya estaba encendida, y lo primero que vio fueron sus maletas sobre un mueble destinado a ello. Cerró la puerta, y, como Ophelia, se dedicó a mirar a su alrededor.

—Es muy bonito —susurró ella.

—Sí.

La habitación era espaciosa, decorada en azul, y por supuesto, tenía cuarto de baño privado. A un lado estaba la cama doble, rodeada de pieles que parecían de jaguar. Había un sofá, un par de sillones, armario empotrado, una pequeña librería, un tocadiscos…

Cliff se acercó a la ventana, que daba a la fachada de la casa y miró hacia abajo. Los coches ya no estaban. Las luces de abajo habían sido apagadas. Ophelia se acercó a él y le pasó un brazo por la cintura. Estuvieron así un par de minutos.

—Creo —murmuró Cliff— que estamos en alguna parte de una selva sudamericana.

—¿Y qué vamos a hacer aquí?

Cliff la miró, intentando sonreír.

—Por el momento, señora Carawan, creo que deberíamos dormir… Y mañana será otro día.

CAPÍTULO VIII

En una cosa tuvo razón Clifford Nash, al menos: estaban en una selva. Poco después de amanecer, se despertó, y fue a la ventana. Desde allí, todo lo que pudo ver fue selva.

Nada más que selva. Regresó a la cama, se tendió junto a Ophelia, y consiguió quedar dormido.

Cuando despertó, fue debido al rumor de agua. Ophelia no estaba en la cama, sí que saltó de ella y fue al cuarto de baño. Ella estaba en la bañera rodeada de espuma.

—Buenos días, mi amor.

Cliff acercó el taburete y se sentó junto a la bañera.

—¿Has visto la selva?

—¡Claro! Tenías razón. ¿No quieres bañarte?

El señor Carawan sonrió de oreja a oreja.

—Bueno.

Media hora más tarde, cuando ya los dos estaban vestidos y preguntándose qué podrían hacer, llegó un criado negro con el desayuno.

—Estupendo —exclamó Cliff—. Oiga, ¿qué programa de diversiones tenemos hoy?

—No sé.

—Bueno, pero alguien vendrá a buscarnos, ¿no?

—No sé.

Cliff comprendió de pronto.

—¿No habla usted inglés?

—No sé.

—Bueno —masculló el detective—, al menos sabe decir *no sé* en inglés. Apuesto a que yo no sé ni una sola palabra de su idioma.

Y como el negro le mirase sonriente, como esperando algo más,

Cliff señaló hacia la puerta. Esto sí lo comprendió el negro, que se retiró. Ophelia estaba examinando el desayuno y pareció satisfecha.

—Yo tengo apetito —aseguró—. ¿Y tú?

—También. Pero supongo que no hemos venido aquí solo a comer… Me pregunto qué clase de diversiones nos van a ofrecer.

A las diez, el hercúleo Norberto, ahora con un magnífico atuendo deportivo, se presentó en la habitación de los señores Carawan.

—¿Están preparados? —se interesó.

—Hace rato —replicó Cliff—. ¿Cuándo empezamos la jornada?

—Muy pronto. Precisamente, ustedes son los primeros. Por favor, vengan conmigo.

Salieron de la casa. Les estaba esperando un coche, con un chófer negro, junto al cual se acomodó Norberto. El coche se puso en marcha, hacia la selva. Había un camino practicado en ésta muy fácil de seguir, casi cómodo. Estuvieron viajando por entre los altos árboles que ocultaban la luz del sol durante tres minutos apenas. Apareció la casa, de color tierra, mucho más pequeña que la otra. Estaba rodeada de un pequeño jardín que a Ophelia le pareció encantador.

Luego, de pronto, vieron la empalizada.

—¿Qué hay ahí? —señaló Cliff.

Norberto se volvió, sonriente, amable.

—Eso es el zoo —explicó—. Supongo que el doctor se lo va a explicar a ustedes muy pronto.

—¿Doctor? ¿Qué doctor?

—El doctor —dijo Norberto; y volvió a mirar hacia delante.

El coche se detuvo delante de la casita. Norberto se apeó, y abrió la portezuela a los Carawan. Luego, los condujo hacia la puerta, la empujó y señaló hacia el interior.

—Los están esperando. En la sala, a la izquierda.

Cerró la puerta, quedándose afuera. Cliff y Ophelia se miraron. Luego, miraron la puerta que había a la izquierda del vestíbulo y fueron hacia allá. Cliff abrió y echó un vistazo al interior.

Lo primero que vio fueron los cuatro perros doberman, tumbados de lado en el suelo, mirándolos. Notó la mano de Ophelia en la suya, crispándose con fuerza. Miró a la muchacha y la vio palidísima, desencajado el rostro… Y así debía estar él también,

desde luego.

—Pase, pase, señor Nash, por favor —oyó la amable voz—. Y usted también, señorita Prince.

Los dos estaban tan aterrados por la visión de los perros, que todavía tardaron unos segundos en darse cuenta de que los habían llamado por sus verdaderos nombres. Para entonces, habían visto ya a la pareja. Una notabilísima pareja de ancianos. Los dos tenían el cabello muy blanco y el rostro bronceado. Ambos tenían los ojos azules, grandes, de inteligente mirada. El hombre debía tener quizá sesenta años, según parecía y la mujer, juzgando por su cutis, menos de cincuenta. Sin embargo, sus cabellos podían corresponder a una persona de más de ochenta años. Los dos eran muy hermosos, especialmente ella. Llevaban una bata blanca, casi tanto como sus cabellos. Resultaban asombrosos e impresionantes. Estaban sentados juntos en un sofá y ante ellos, en una mesita, se veía la bandeja del desayuno.

—No teman —dijo el hombre—, los perros no les harán nada… si yo no se lo ordeno.

Supongo que ya han desayunado.

—¿Los perros o nosotros? —Pudo, por fin, hablar Cliff.

Los dos ancianos sonrieron. Anchamente, jubilosamente.

—Me gustan las personas que tienen sentido del humor, señor Nash —dijo el anciano—. En cambio, no me gustan las que se meten en lo que no les importa. ¿Me comprende usted?

—Han sabido en todo momento que yo era Clifford Nash, ¿no es así? —masculló Cliff.

—Supongo que usted no pudo engañar mucho tiempo a mis empleados de Estados Unidos. Imagino que lo reconocieron, y decidieron que era mejor traérselo que dejarlo allá…, donde usted parece disponer de grandes medios de investigación. He sido informado de todo lo que concierne a usted… y a su preciosa acompañante. ¿No es lamentable lo que ha sucedido en Miami, señor Nash?

—Ha sido terrible —dijo la anciana—. Esperemos que no vuelva a ocurrir nada parecido.

—Ya veo que están al corriente de todo —dijo Cliff—. ¿Puedo saber quiénes son ustedes?

—El doctor y la doctora —sonrió el doctor.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente. Señor Nash, ¿sabe usted por qué hemos considerado conveniente traerlo aquí?

—¿Por qué?

—Pues porque el hecho de que usted haya conseguido ocupar el lugar de los señores Lassiter, indica bien claramente que sabe muchas cosas de mis empleados en Estados Unidos. Y claro está, yo quisiera saber qué sabe usted de ellos para obrar en consecuencia. Mucha me temo que tendré que reestructurar mi organización en su país, ¿verdad?

—Eso no es cuenta mía.

—Es cierto. Usted sólo tiene que decirme qué es lo que sabe de mis empleados, y exactamente de cuáles empleados, a fin de retirarlos o hacer lo que convenga.

—¿Matarlos, por ejemplo?

—¿Por qué no si su existencia habría de ser perjudicial para mí?

—¿También nos matará a nosotros?

—Aún no lo he decidido. Tengo entendido que ustedes están buscando con gran insistencia el zoo… ¿Les gustaría verlo?

—Supongo que sí.

El doctor asintió con la cabeza y miró a Ophelia.

—¿Y usted no dice nada, jovencita? Parece muy asustada…

—No —dijo Nash—. Es que es una de las pocas mujeres que saben cuándo deben tener la boca cerrada.

—Admirable cualidad. Por curiosidad, señor Nash, ¿qué pasó con Tamblin, Ketter y los dos perros?

—Me vi obligado a matar a dos hombres y a un perro. Al otro lo seguimos hasta una granja.

—Entiendo. Y de ahí partió su pista hacia los demás… ¿Ha avisado a la policía?

—Sí.

—En ese caso, supongo que Maxwell Crosk, Margo Tracy, James Wilkes y las tres muchachas de Nueva Orleáns están vigiladas.

—Eso es exactamente.

El anciano quedó pensativo, pero la anciana le puso una mano sobre las suyas.

—No te preocupes —dijo—. Aunque los detengan, no podrán decir nada. Saben que existe el zoo, y lo que hacemos aquí en su

mayor parte, pero no saben cómo encontrarnos. Mientras no lleguen al piloto del avión grande, no hay cuidado. Y si se quedan aquí, jamás lo encontrarán. Aunque detengan a todos y se enteren de muchas cosas, nosotros estamos a salvo. Y podemos prescindir de los ingresos de Estados Unidos.

—Es donde más dinero ganamos —vaciló el doctor.

—No importa. Podemos dejarlo, aunque sea por un tiempo…

—No sé. Ya veremos…

—Incluso podríamos dejarlo todo.

—¿Dejar el trabajo? —Se sobresaltó el doctor—. ¡Desde luego que no!

La anciana retiró su mano y bajó la cabeza.

—¿Para qué seguir? —murmuró—. En realidad, ya hace tiempo que sabemos que hemos fracasado, y nos hemos convertido en una cosa muy diferente de la que siempre soñamos.

—Está bien —replicó él—, pero al menos, tenemos dinero… Y sólo con mucho dinero puedo seguir intentándolo.

—No te esfuerces en engañarte a ti mismo —la anciana volvió a mirarlo—. Ni quieras convencerme a mí. Los dos sabemos muy bien lo que ha pasado. Y ahora sólo nos interesa el dinero. Pero ¿acaso no tenemos ya suficiente? Podemos dejarlo todo y marcharnos. Podemos olvidarnos para siempre del zoo, porque sabemos que todo es inútil. Queríamos ser algo maravilloso…, y ahora, ciertamente, si la policía nos capturase, seríamos condenados a muerte.

—La policía nunca nos capturará.

—Entonces, ¿quieres seguir?

—Sí. Me divierte. Y a ti también te divierte, no lo niegues.

—Me divertía al principio. Ahora ya no. ¿De verdad te sigue divirtiendo a ti?

—Desde luego. Es verdad, no he conseguido lo que quería, pero tengo dinero y me divierto. Y quizá algún día todavía consiga un éxito.

—Sabes que no. Ya no eres el mismo… No somos los mismos.

—No deberíamos discutir en presencia de nuestros invitados —el doctor miró de pronto a Cliff y Ophelia, sonriendo—. Tendré mucho gusto en enseñarles el zoo, si realmente desean verlo.

—Sí —musitó Cliff—. Tengo mucha curiosidad por verlo, y saber por qué las personas que han estado visitándolo lo niegan.

—¿También nosotros lo negaremos? —preguntó Ophelia.

El doctor estuvo unos segundos mirando de uno a otro.

—No sé… Ustedes son diferentes a nuestros visitantes habituales. Son más jóvenes, más hermosos… Hacen una pareja magnífica. Es muy posible que mi decisión sobre ustedes sea diferente.

—¿Nos matará? —Respingó Ophelia—. ¿No nos dejará volver a Estados Unidos como a los demás?

—¿Matarlos? Claro que no. Pero su destino merece una mayor importancia que la del resto de los invitados. Bien —se puso en pie—, vamos a ver el zoo.

Los cuatro perros se habían puesto en pie al mismo tiempo que el doctor, y la doctora lo hizo seguidamente. Parecía fatigada.

—¿Te importa que me quede en casa? —se disculpó.

—No, mujer. Yo haré los honores a nuestros jóvenes invitados. ¡Hasta luego!

Salieron de la casa rodeados por los perros. Norberto estaba allí, esperando, charlando con el conductor del coche. Clifford los miró atentamente a ambos, buscando en sus ropas el bulto que revelase la presencia de una pistola, pero llegó a la conclusión de que no estaban armados. En cuanto al doctor, mientras tuviese junto a él a los cuatro doberman, ciertamente no necesitaba arma alguna.

—Abre, Norberto —dijo el doctor—, vamos a entrar. Supongo que todas las jaulas están bien cerradas.

—Sí, doctor, naturalmente.

El hercúleo negro comenzó a caminar hacia la empalizada, y los demás le siguieron. Y mientras caminaban hacia allí, Cliff notó algo que le llamó la atención de modo especial: los perros doberman se iban retrasando… Hasta el punto de que el doctor se volvió hacia ellos, dándoles una orden seca, a pesar de lo cual, los animales se mostraron reacios a seguir adelante. El doctor repitió la orden, y los animales volvieron a unirse al grupo, pero estremecidos, y uno de ellos incluso emitió un gemido que a Cliff le pareció temeroso.

En la empalizada se había practicado una puerta, asimismo de troncos. Norberto la abrió, entró en primer lugar y reapareció un par de minutos más tarde… Pero en esos dos minutos, Cliff y Ophelia habían estado oyendo, dentro de la empalizada, el más escalofriante coro de gruñidos, gemidos, aullidos, lamentos, rugidos

de furia… Los perros retrocedían, temblando, y el doctor necesitó de toda su autoridad para conseguir que entrasen por aquella pequeña puerta.

Ophelia se había agarrado con las dos manos a una de Cliff, que notaba su temblor, su tensión. En cuanto a él, no estaba menos asustado que la muchacha, desde luego. Por un instante, estuvo tentado de rechazar la invitación al zoo, pero Norberto les hizo una seña, y ambos cruzaron el acceso al zoo, seguidos por el doctor.

Allí dentro, el coro de aullidos, rugidos, gruñidos y lamentos se oía todavía más fuertemente. La empalizada era circular y adosadas a la pared de troncos estaban las jaulas, de sólidos barrotes. De allí, de las jaulas, brotaba aquella especie de tempestad de sonidos… Uno de los perros, de pronto, escapó a toda prisa antes de que Norberto tuviera tiempo de cerrar la puerta. Los otros tres se dieron contra la puerta y comenzaron a aullar, hasta que el doctor le dio un manotazo en la cabeza a uno de ellos. Entonces enmudecieron, pero continuaron temblando fuertemente.

Clifford Nash dejó de prestar atención a esto al notar el agudo dolor en la mano a la que se agarraba Ophelia. Instintivamente, retiró la mano y vio en ella las señales producidas por las uñas de la muchacha, tan fuertemente clavadas que había hecho brotar la sangre. Sorprendido, miró a Ophelia. Y la vio tan pálida que parecía muerta. Sus ojos estaban fijos en una de las jaulas, desorbitados, y su rostro estaba tenso, crispado, estirado…

Entonces, el detective privado miró hacia aquella jaula… y sintió, de pronto, como si su rostro se hubiese convertido en hielo.

—Vengan, vengan a verlos de cerca —dijo el doctor.

Pero ni Ophelia ni Cliff podían moverse. Los dos lívidos como cadáveres, contemplaban al ejemplar que ocupaba aquella jaula. Hay varios modos científicos de definirlo, pero a Cliff le habría bastado una sola palabra para definir a aquel ocupante del zoo: hombre.

—No teman —oyó, como lejana, la voz del doctor—, las jaulas están bien cerradas.

Vengan, vengan… Tengo muchos ejemplares, muy variados.

Los dos caminaron como autómatas, acercándose a aquella primera jaula.

Sí. Dentro de la jaula había un hombre, o, cuando menos, lo que

más podía parecerse a un hombre. Estaba completamente desnudo, sucio y cubierto de costras supurantes por entre las que crecía el vello. Sus cabellos y su barba eran larguísimos, y formaban una maraña tal, que sólo permitía ver los ojos, negrísimos, ardientes, enrojecidas las córneas; y unos labios de color blancuzco y agrietados, que se entreabrían de tal modo, que mostraba los dientes amarillentos. Parecía talmente una fiera…, pero era un hombre.

—Por… po-po-por el… amor… de Dios… —tartamudeó Cliff.

—¿No le parece un interesante ejemplar?

Se disponía a mirar al doctor, cuando oyó junto a él la arcada de Ophelia. La muchacha estaba inclinada, vomitando. Se acercó a ella y la apretó contra su pecho, abrazándola por los hombros. Ophelia se quedó allí temblando, mientras Cliff miraba a su alrededor.

Entonces, vio el cartelito en lo alto de la jaula del enjaulado ser humano. Ponía: Sapavanda (India).

—¿La señorita Prince no se encuentra bien?

Miró al doctor, que los contemplaba entre amable y sorprendido. Detrás de él vio la gigantesca figura de Norberto, impávido.

—Pero ¿qué es esto? —gimió Cliff.

—Mi zoológico. Venga, venga: le enseñaré más ejemplares.

El doctor caminó hacia la siguiente jaula, pero ni Ophelia ni Cliff pudieron moverse.

Norberto empujó a Cliff, y entonces reaccionaron ambos. Ophelia se había abrazado a su cintura, y caminaba con los ojos cerrados.

En la siguiente jaula, el cartelito decía: Tao Cheng (China).

Lo que había allí dentro, evidentemente, debía ser un hombre de raza china, pero Cliff vio una especie de monstruo que se estaba arrancando pedazos de carne podrida de una pierna, arañando furiosamente. Cuando ellos se colocaron delante, el chino alzó la mirada.

—Tao Cheng —presentó el doctor—. Es el leproso del zoo.

—¿El… leproso? —Casi gritó Cliff.

—Sí, claro. Me parece que usted aún no ha entendido esto, señor Nash.

—¡Por Dios, claro que no lo he entendido! ¡Ni podré entenderlo jamás!

—No se precipite en sus opiniones. Bastará una simple explicación para que lo entienda, ya verá. ¿Usted ha visitado alguna vez un zoológico? Estoy seguro de que así es.

Bien, ¿qué ha visto allí? Pues ejemplares de la fauna más interesante, ¿no es cierto? Y dígame, señor Nash: ¿acaso el hombre no forma parte de la fauna del planeta Tierra?

—Usted… usted está loco…

—Por supuesto que no. Solamente soy un investigador, un científico. Hasta hace algunos años había estado estudiando animales irracionales. Un día conseguí un mono.

Interesante. Lo puse en una jaula, naturalmente, y comencé a experimentar con él…

—¿Qué clase de experimentos?

—Hermosa pregunta. La respuesta es obvia: todos aquellos experimentos que pudieran ayudarme a conocer mejor la naturaleza animal, sus posibilidades en todos los aspectos, su evolución. Así, a los animales se les inyectan determinados virus, se les contagian enfermedades, y luego se procede a estudiar en ellos el modo de curarlas en beneficio del hombre. ¿No es así, señor Nash?

—Bueno, sí, pero…

—Pero —le quitó la palabra el doctor— en todas las investigaciones, el científico tropieza siempre con la misma dificultad: la incomunicación con el animal utilizado.

Sabemos lo que le hemos inyectado, sabemos qué enfermedad le sobreviene, y entonces comenzamos a estudiar el modo de curaría. En toda esta labor, el animal sólo pone su cuerpo. No se comunica con nosotros, privándonos así de una ayuda que resultaría inestimable, ¿no sería magnífico que un conejillo de Indias pudiera decirnos qué siente exactamente, dónde le duele, cómo le duele y qué le alivia más? Sí, sí, podemos adivinar algunas de estas reacciones, pero… ¿acaso podemos estar seguros? No. Por eso, cuando conseguí el mono, me dije que era un animalito muy simpático al que estaba tomando afecto. «¡Ah! —le dije—, ¡qué diferente sería todo si pudieses hablar, amigo mío! A fin de cuentas, eres el animal más parecido al hombre». Mi idea inicial fue enseñarle a hablar al mono, pero, claro, comprendí en seguida que eso era imposible. No se trataba sólo de hablar, sino de darle una educación, unos conocimientos, una capacidad de pensar para

expresarse… Imposible. Eso sólo lo sabe hacer el hombre. ¿Me va comprendiendo?

Cliff tragó saliva y suspiró profundamente.

—Me temo que sí… ¿Concibió entonces la idea de experimentar con seres humanos?

—¡Exactamente! Y comencé a pensar, a pensar, a pensar… Por fin, me decidí. Busqué un lugar adecuado, y me dediqué a conseguir animales racionales para mis experimentos.

—¿Ellos aceptaron ayudarle?

—Claro que no. Vinieron aquí engañados. Cuando se daban cuenta, ya estaban en su jaula. Para manipularlos, los duermo con un inyectable que disparamos desde fuera de la jaula. Entonces, lo llevamos a la casa, trabajo en el ejemplar elegido, lo devolvemos a su jaula y luego espero los acontecimientos, estudio, converso con él…

—Pero ¿por qué hace usted todo esto?

—¿No es evidente, señor Nash? ¡En beneficio de la ciencia y del hombre! ¿Usted no puede comprender lo maravilloso de mi idea; los maravillosos resultados que podrían obtenerse? Y sin embargo, he fracasado. ¿Y sabe por qué he fracasado, señor Nash?

—¿Por qué?

—Al principio, creí que todo iba bien, que podría conseguirlo; que no tardando mucho podría presentar una serie de estudios sobre el hombre y sus reacciones, que asombrarían al mundo. ¡Ah! Eso habría significado el premio Nobel, ¿no cree? Pero… estos estúpidos animales racionales reaccionaron peor que los irracionales: se volvieron agresivos, y finalmente, dejaron de hablar… Yo había ordenado que me trajeran ejemplares de los más diversos. Quería tener un zoo humano. Usted sabe que los hombres somos diferentes unos de otros no sólo en cuestión directa de raza, sino de mentalidad, de reacciones, de sistemas de vida… Así, por ejemplo, no es lo mismo un pigmeo africano que un mongol; ni es igual un hindú que un sueco; ni es igual un japonés que un árabe, ¿comprende?

—Sí… Por Dios, claro que comprendo… Pero esto es una barbaridad.

—¿Por qué? —se sorprendió el doctor—. ¿Qué hacemos nosotros con los animales irracionales?: los encerramos en jaulas. Observe la

fauna humana: ¿no es también curiosa y digna de estudio? Compare las diferentes razas, costumbres, colores de la piel, rasgos faciales, medidas, facultades físicas. Formamos también un zoo, señor Nash.

Disponemos de una gran variedad de ejemplares con los cuales yo podría haber estudiado, conseguido el mayor logro científico, beneficiar a la humanidad. Cada uno de ellos fue contagiado de determinada enfermedad que es o ha sido una plaga para el hombre. Vamos a la siguiente jaula.

En la siguiente jaula, el cartelito indicaba: Kaleolo (Hawaii).

—Es un polinesio. Obsérvelo bien: lo contagié de sífilis. Hoy día, la sífilis es un problema prácticamente superado, pero… siempre quedan pequeños cabos sueltos. Esos pequeños cabos sueltos yo podría haberlos unido si Kaleolo hubiese querido colaborar.

Pero, mírelo. Observe su mirada de odio, su boca tan cerrada. ¿Le parece razonable la actitud de Kaleolo y de los demás?

Cliff Nash se pasó la lengua por los labios. ¿Razonable? Era una pregunta muy interesante. Observó al polinesio, que estaba comido por las llagas, y tenía su negra mirada como clavada en el doctor. En efecto, sus labios estaban tan apretados, tan unidos, que quizá acabarían por soldarse uno al otro.

—¿Alguna vez se ha puesto usted en el lugar de estos hombres? —susurró.

—Claro que no. Yo soy científico, ellos sólo son ejemplares del zoo humano.

—Pero usted ha fracasado…

—Por culpa de ellos. Y he comprendido que por muchos ejemplares que fuese trayendo, la reacción de todos sería la misma: el hombre no está dispuesto a sacrificarse para ayudar al hombre.

—¿Se sacrificaría usted?

El doctor le miró maliciosamente.

—Quizá. ¿Y usted, señor Nash?

—No.

—Puro egoísmo humano, lamentablemente. Pero, en fin, ya tenía organizado mi zoo, cuando admití que había fracasado por culpa del elemento humano. ¿Qué hacer entonces? ¿Soltarlos a todos? ¿Matarlos? ¿Curarlos? Lo único conveniente para mí era matarlos, porque sé que si los soltara y los curase, vendrían a buscarme y me harían pedazos… Pero cuando ya me disponía a

matarlos y a olvidarlo todo, tuve la gran idea. Yo tenía un zoo/ sorprendente… Muy bien: ¿por qué no explotarlo como hacen los demás?

Sólo que, claro, mi zoo era… inédito.

—Por fortuna.

—Bueno, es su opinión contra la mía. Vea este ejemplar, señor Nash… ¿No le parece formidable?

Cliff miró primero el cartelito. Decía: Ngo Ya y Pinh Dei (Siam).

Luego, miró al *ejemplar*. Eran dos. Dos muchachos muy jóvenes, unidos por el codo. La visión de dos auténticos hermanos siameses unidos, lo dejó atónito unos segundos. Luego quedó horrorizado al darse cuenta de que uno de ellos carecía de ojos y de orejas. Se volvió hacia el doctor, que sonrió y encogió los hombros.

—Una simple operación quirúrgica: se trataba de saber si el que se quedaba sin oídos y sin ojos percibía los estímulos visuales y auditivos de su hermano. Pero le estaba hablando de mi zoo. ¿No era algo realmente nuevo? Sin embargo, claro, requeriría una clase muy especial de clientes. Y pensando, pensando, llegué a una conclusión: tenía que ser gente adinerada y aburrida. ¿Acaso no ofrezco algo realmente nuevo, original, inédito, jamás visto? Visitar mi zoo es una experiencia impresionante, algo que difícilmente puede olvidarse. No sólo por lo que ve, sino porque yo he arreglado las cosas de modo que así sea: nunca olvidarán el zoo.

—¿Por qué?

—Porque mensualmente tienen que pagar una cuota más o menos importante. Por ejemplo, la cuota del señor Ackerman, de Miami, era de veinticinco mil dólares mensuales. ¿Cree que valía la pena morir por ella?

—Supongo que no —murmuró Cliff—. ¿Qué pasó?

—El señor Ackerman siguió a Bridgett Riñes, la recaudadora de Miami, y evidentemente, le exigió las fotografías y las películas, a fin de…

—¿Qué fotografías y películas?

—Espere —sonrió el doctor—. Terminemos con lo del señor Ackerman. El debió exigirle a Bridgett Riñes las fotos y las películas, y, Claro, ella no las tenía allí. El debió enfadarse y la mató. Luego se dedicó a buscar las fotografías y películas…

—Por eso estaba revuelta la casa —murmuró Cliff.

—… Y perdió tanto tiempo que Ketter y Tamblin llegaron con los perros. Los perros alcanzaron al señor Ackerman cuando escapaba y lo mataron.

Clifford Nash se iba serenando. Veía los nombres en lo alto de las jaulas, a medida que iban caminando, muy lentamente, pero ya no miraba al interior de las jaulas. Era mejor no ver. Junto a él, también ya más serena y desde luego sin soltarlo, caminaba Ophelia, con la mirada fija en el suelo.

—¿Y la señora Ackerman?

—Pues mientras uno de mis empleados la estrangulaba, otro tomaba fotografías para convencer a los señores Lamarr y Hodden de que lo mejor era obedecer.

—Entiendo…

La capacidad de asombro y repulsión de Nash había llegado a su límite. Quizá estaba soñando, y en cualquier momento despertaría.

—Y en esta parte están las mujeres —dijo el doctor—. ¿No quieren verlas?

Ophelia lanzó un gritito, y escondió su rostro en el pecho de Cliff, que simplemente, bajó la mirada.

—¿Qué fotografías y películas? —insistió.

—Antes de eso, señor Nash, usted y la señorita Prince van a convertirse en ejemplares del zoo. Por favor, entren en esa jaula.

Cliff alzó la cabeza, demudado, y vio a Norberto muy cerca de él, junto a una jaula cuya puerta de barrotes estaba abierta.

—No —jadeó—. ¡No, no, no!

—Vamos, vamos, no se asuste… Ya le he dicho que he comprendido mi fracaso en cuanto a experimentos científicos con seres humanos. No se trata de eso, señor Nash. Es simplemente que no dispongo de una pareja de raza blanca. ¿No es curioso? Tengo pigmeos, watusi, esquimales, japoneses, hindúes, chinos, polinesios… En fin, muchos.

Pero hasta ahora no tenía una pareja de raza blanca. Serán una atracción más.

—No… No vamos a entrar ahí…

—En ese caso, señor Nash, dispóngase a ver cómo mis perros destrozan a la señorita Prince. Elija. Y pronto. Y pueden estar contentos de que sólo quede disponible una jaula, de modo que han de permanecer juntos. ¿Entran o no?

Cliff y Ophelia se miraron. Luego, como cadáveres en movimiento, entraron en la jaula, que Norberto cerró con una gran llave.

El doctor se colocó delante de ellos, sonriendo.

—Y ahora, señor Nash, voy a contestar a sus preguntas sobre las fotografías y películas.

Dentro de poco, los demás invitados vendrán aquí, y, naturalmente, bajo amenazas, serán obligados a entrar en las jaulas ocupadas. Las mujeres entraran en las jaulas ocupadas por mis *animalitos* masculinos. Los hombres entrarán en las jaulas donde están las mujeres rabiosas que ahora nos contemplan. Siempre tengo separados a hombres y mujeres.

Ahora, imagínese qué fotografías y películas podremos tomar mis empleados y yo cuando nuestros invitados estén ya en las jaulas con sus parejas.

—Usted está loco —insistió Cliff, con voz aguda.

—No, no. Fracasé en mis ambiciones científicas, pero estoy ganando mucho dinero.

Dentro de unos días las fotos y las películas serán proyectadas para nuestros invitados.

Luego, se les advierte de que dichas películas quedan archivadas, y que, a menos que cada mes paguen su cuota, copias de todas clases serán enviadas a su país, a su ciudad, a su círculo social… No hay marido que no esté dispuesto a pagar, señor Nash. ¿Comprende? Para todos los que vienen al zoo, la experiencia es muy amarga, prefieren no hablar de ello, olvidarlo…, pero cada mes pagan su cuota. Tengo clientes en toda América. Es lamentable que lo que empezó por amor a la ciencia, termine por amor al dinero, ¿verdad? No se pierda el espectáculo. Y piense que usted y la señorita Prince han sido afortunados…

CAPÍTULO IX

Dentro de su jaula, Clifford Nash y Ophelia Prince permanecían sentados, en silencio, sin mirarse siquiera, cada uno de ellos sumido en sus pensamientos.

El doctor había cumplido su palabra, ciertamente. Habían visto… Lo habían visto, no lo habían soñado. Norberto había llegado con los perros, conduciendo a los invitados, y había sucedido todo aquello… Las fotografías habían sido tomadas, lo sabían. Pero eso ya no habían querido verlo. En realidad, no habían querido ver nada. Se podía decir que en seguida habían cerrado los ojos y habían tapado sus oídos con las manos, para no oír los gritos…

Ahora no se oía nada. Nada. El silencio era total. Sólo de vez en cuando se oía una especie de gemido proferido por alguno de los inquilinos de aquel zoo espantoso. A ambos lados de su jaula habían más, todas ellas ocupadas por mujeres. No querían mirar, no querían oír, no querían saber. Habían visto el principio, y había sido demasiado…

Demasiado.

—¡Dios mío! —suspiró, de pronto, Ophelia.

Cliff alzó la cabeza y la miró. Ya era de noche, pero el cielo estaba despejado y las estrellas y la luna en menguante, cada vez más delgada, permitían ver aceptablemente.

—Ophelia…

—¡Dios mío, Cliff, qué miedo tengo…! ¡Me voy a morir de miedo, me voy a morir…!

El se acercó y la abrazó.

—Cálmate… Por favor, querida, cálmate. Tenemos que conservarnos serenos.

Comprendo tu miedo, tu horror, pero no debes dejarte dominar por el histerismo.

Ophelia se abrazó con fuerza a él, ambos sentados. Rompió a llorar, mansamente…

Cada estremecimiento de la muchacha era como un latigazo que Cliff Nash recibía. Quería sacarla de allí y volver a Miami, olvidarlo todo… Pero ¿cómo conseguirlo? Había probado ya a abrir la puerta de la jaula, pero, desde luego, era imposible. Y más imposible todavía era separar los gruesos y fortísimos barrotes de hierro… Estaban en una jaula, en el zoo, eso era todo. Y allí seguirían… ¿cuánto tiempo? ¿Qué más iba a ocurrir?

Lo que fuese, se inició casi una hora más tarde. Ophelia y Cliff seguían sentados, abrazados, en silencio, más calmada la muchacha… Cliff se dio cuenta en seguida de que la puerta de la empalizada se abría. Y no tuvo la menor dificultad en identificar a la persona que entró, cerrando tras él: era imposible confundir a Norberto, tan hercúleo, tan enorme. Cliff movió un poco a Ophelia. Los dos vieron acercarse a Norberto.

Se detuvo delante de su jaula, sonriente. ¡Qué dientes tan blancos y grandes…! Clifford Nash tuvo una esperanza, pero en seguida supo que se había equivocado, cuando el negro dijo:

—Vaya al fondo de la jaula, señor Nash, y vuélvase de espaldas.

Cliff se puso en pie y se agarró a dos barrotes.

—¿Qué…? ¡Ayyy…!

—¡Cliff! —saltó Ophelia—. ¿Qué te pasa?

—Nada —jadeó Cliff—. Nada.

Pero sí le ocurría algo. Norberto le había golpeado una mano con un palo de unos cincuenta centímetros de largo, aplastándole los dedos. Y ahora, mientras Cliff colocaba su mano bajo el sobaco del otro lado en busca de alivio, Norberto blandió la porra declaradamente.

—Haga lo que le he dicho.

—¿Qué pretende?

—Es muy simple: me gusta su esposa, señor Carawan…

Lanzó una carcajada, y agitó más la porra. Cliff Nash lo estuvo mirando unos segundos.

Luego, dio media vuelta y se fue al fondo de la jaula, seguido de Ophelia, que se abrazaba a él, comprendiendo también las

intenciones del negro.

—¡Cliff, no, no…! ¡Oh, Dios mío, no…! ¡Te va a matar a golpes…!

—¡Apártate! Y no es por mí por quien debes preocuparte —dijo con voz ronca, Nash.

La empujó, y Ophelia se quedó arrinconada, mirando con ojos desorbitados a Norberto, que acababa de entrar en la jaula y estaba cerrándola, de nuevo, con la gran llave. Se guardó ésta y se acercó por detrás a Cliff que permanecía de espaldas, inmóvil. Alzó la porra. Ophelia ahogó un gemido, y se llevó las manos a la boca… Norberto lanzó el tremendo golpe contra la cabeza de Cliff Nash, el cual supo en qué momento justo lo hacía gracias al gemido de Ophelia.

Su reacción fue tan veloz, que Norberto no pudo evitarla La porra golpeó en uno de los barrotes transversales, resonando con fuerza, sin rozar siquiera a Cliff, que se volvió y lanzó su mano derecha, rígida, separados los dedos, hacia el rostro de Norberto. El alarido de éste fue espantoso cuando el dedo corazón de Cliff se hundió en su ojo izquierdo. Y su reacción fue instintiva, normal: soltó la porra, y se llevó ambas manos al rostro, sin dejar de aullar.

Cliff se acercó a él, y le golpeó en el estómago. Sabía muy bien que sus puñetazos eran terribles, capaz de enviar a dos o tres metros a un hombre con un solo golpe. Pero lo que ocurrió con Norberto fue tan sorprendente que se quedó inmóvil, aterrado: el negro dejó de gritar, apartó las manos de su rostro, sin tambalearse siquiera, y se abalanzó contra Cliff, que se inclinó, recibió sobre los hombros la mole negra, y al erguirse con fuerza lo tiró contra los barrotes que tenía a su espalda. Norberto golpeó en ellos de cabeza, cayó plano y se sentó, sacudiendo la cabeza.

Cliff Nash se la sacudió aún mejor.

Recogió del suelo la porra, y, antes de que Norberto se recuperase completamente de su encuentro con los barrotes, le golpeó en lo alto del cráneo.

Los ojos del negro se abrieron mucho, se desorbitaron, mostró las blancas córneas, giraron…, y cayó fulminado hacia atrás, golpeándose de nuevo contra los barrotes.

Ya no se movió.

Cliff se acuclilló a su lado, y le tomó el pulso. Estaba vivo…,

pero lo suficientemente dormido para no enterarse de nada. Le quitó la llave de la jaula y se acercó a Ophelia.

—Salgamos de aquí.

Abrió la puerta de la jaula, salieron…, y los ocupantes del zoo comenzaron a aullar, a gritar, a golpear los barrotes. Voces roncas, destempladas, gritaban en inglés y francés, pidiendo la libertad… Cliff Nash no sabía qué hacer. ¿Libertad? ¿Qué libertad podían esperar aquellos pobres seres, qué clase de vida, qué futuro? El griterío, sin embargo, era terrible, ya furioso, ya suplicante. Todas las jaulas se estremecían bajo la presión de aquellas manos supurantes, o descarnadas…

Por encima de la empalizada vio el resplandor de una luz. Comprendió que era la de la casa del doctor y la doctora. Se habían despertado.

—Vendrá con los perros —tembló la voz de Ophelia.

—Tengo algo muy adecuado para los perros.

Ya no vaciló más. Abrió una jaula, luego otra, y otra, y otra… A su alrededor el griterío era indescriptible, los aullidos parecían resquebrajar sus tímpanos. Algunos de los inquilinos del zoo, al salir de la jaula se caían, no podían sostenerse sobre sus piernas.

Tiró la llave dentro de una de las jaulas.

—¡Abra usted mismo y siga abriendo a los demás!

Estaban ya rodeados de seres libres, que caían, o que corrían de un lado a otro, sin saber qué hacer. Sólo gritaban… Tomó de una mano a Ophelia y señaló hacia la puerta.

Echaron a correr hacia allí, pero, en aquel instante, se abría, y los cuatro perros entraban a toda velocidad, espantosos.

Cliff Nash no se sorprendió en absoluto por lo que ocurrió a continuación. Los cuatro doberman, a la vez, resbalaron sobre el polvo en su apresurado intento de frenar su marcha, y tras rodar por el suelo uno de ellos se puso en pie, lanzó un gemido de terror y se lanzó en pos de sus compañeros, hacia la salida, huyendo de los seres del zoo, que se precipitaban, por fin, hacia la puerta abierta recién descubierta. La llave corría de mano en mano, y cada vez eran más numerosos los libertados, cuando Cliff y Ophelia consiguieron llegar a la puerta, obturada por aquella masa pestilente, enferma, ulcerosa…

Era tan horrendo todo, que Ophelia retrocedió. Cliff

comprendió, y se dispuso a esperar, a un lado de la puerta, a que todos hubiesen salido. Sabía que los perros debían estar alejándose de allí como perseguidos por el demonio…

—No te muevas de aquí —le gritó a Ophelia.

Se abrió paso hacia la jaula donde había quedado Norberto, y entró en ella.

Seguramente, Norberto había llegado en coche, y debía tener también la llave en el bolsillo. Si era así, podría…

Se detuvo en seco, de pronto, y, sin comprender, se quedó mirando aquella cosa que había en el piso de la jaula. ¿Qué era aquello? Miró adonde había dejado tendido a Norberto y no lo vio. Volvió a mirar aquello que tenía ante sus pies…, y retrocedió, respingando, al darse cuenta de que era una pierna humana.

Luego, vio los demás restos del despedazado cuerpo de Norberto esparcidos por la jaula. Se agarró a uno de los barrotes y permaneció allí, con los ojos cerrados, presa de unas horrendas náuseas. Le parecía que jamás podría volver a respirar bien, pero poco a poco lo fue consiguiendo, se fue recuperando…

—¡Cliff! —Oyó la asustada voz de Ophelia—. Cliff, ¿dónde estás? ¡No me dejes sola aquí!

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Vio los pedazos de ropa manchados de sangre, y los examinó hasta encontrar la parte de los pantalones. Lanzó un grito de alegría cuando sus dedos palparon la dureza de las llaves del coche, las sacó, las limpió en sus ropas y corrió hacia la puerta.

Estaba cruzando la explanada del zoo cuando se dio cuenta de que ya no quedaba nadie en las jaulas…

—¡Cliff, por Dios!

Corrió hacia Ophelia, que acudió a su encuentro. Estaban solos en el zoológico. Y se oía el aullar de los inquilinos de éste, ahora fuera, alejándose…

—Van… van hacia la casa del doctor… —tartamudeó Ophelia.

Cliff se estremeció, recordando lo que las *fieras* del zoo habían hecho con Norberto.

Echaron a correr una vez más, salieron de la empalizada, y, muy cerca de ésta, vieron el coche.

—¡El coche! —exclamó Ophelia—. ¡Si las llaves estuviesen…!

—Las tengo yo.

Se metieron en el coche, y Cliff lo puso en marcha. Maniobró, y se dirigió hacia el camino. La casa del doctor estaba plenamente iluminada, y a esa luz podía ver muy bien por dónde iba. Pero encendió los faros, y aún pudo ver mejor a las *fieras* entrando en la casa… Cuando pasó muy cerca de ésta, los gritos que salían de allí eran horrendos, y el fuego aparecía ya por una ventana. Unos cuantos seres de aquéllos echaron a correr en pos del coche, pero Cliff apretó el pedal del gas, dejándolos atrás inmediatamente.

—Deben… deben haberlos matado a los dos…

—Los han hecho pedazos —dijo Cliff.

—¿Por qué dices eso?

—No sé… Era un decir —mintió.

—¡Santo Dios cómo arde la casa, Cliff…!

—Mejor. Si el archivo de esos chantajes está ahí, no quedará ni rastro… ¡Cuidado!

Ophelia se volvió hacia delante, sobresaltada. Oyó el golpe contra el coche, pero no supo de qué se trataba.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

—Nada… Nada.

Pero lo comprendió muy pronto cuando vio varios hombres más en el camino alzando los brazos haciendo señales para que el coche se detuviera.

—¡Son los criados de la casa…!

Cliff estaba haciendo sonar el claxon, y entre esto, su velocidad, y la decisión con que había hecho saltar por el aire al primero de los empleados del doctor que se había puesto delante del coche, los demás comprendieron que si no se apartaban iban a ser aplastados, así que se echaron a los lados, dejando pasar el coche.

—¿Los ves? —preguntó Cliff.

Ophelia volvió a mirar hacia atrás.

—Sí, porque la casa del doctor está completamente envuelta en llamas, lo ilumina todo… Todos corren hacia allí, Cliff.

—Pues están de suerte —masculló duramente Nash—, se van a encontrar con sus amiguitos del zoo a medio camino. Lo siento por ellos, pero a nosotros nos va bien, porque los distraerán… Ve corriendo adonde están los coches y asegúrate de que las llaves están puestas, y si no es así, búscalas. ¡Corre!

Detuvo el coche delante de la casa, y todavía tocó el claxon unos

segundos más. Luego, salió del vehículo, y miró hacia las ventanas del piso de los dormitorios, a las cuales se asomaban los desafortunados invitados al zoo.

—¡Déjenlo todo! —gritó Cliff—. ¡Bajen inmediatamente, nos vamos a buscar el avión!

¡Pronto!

No tuvo necesidad de dar más instrucciones, ciertamente. En pocos segundos, los invitados estuvieron fuera de la casa, y varios hombres corrieron al gran cobertizo de la parte de atrás, donde estaban los coches. Es decir, donde creían que estaban… Y así era.

Cinco en total.

Se distribuyeron en ellos, y Cliff abrió la marcha en la dirección que creía correcta para llegar adonde estaba convencido de que permanecía el avión.

—¡De prisa, de prisa! —gritaba—. ¡Van a llegar los del zoo de un momento a otro!

En menos de dos minutos, la comitiva estaba alejándose de la casa. Siempre en cabeza, Cliff encontró las rodadas de los coches, y las siguió, alejándose de la casa grande. Estaba seguro de que conseguiría llegar hasta el avión. Claro que si los del avión sospechaban algo…

Calculando el tiempo invertido la noche anterior en llegar desde el avión a la casa, decidió que la distancia hasta llegar al aparato no podía ser superior a diez kilómetros. En alguna parte, a diez kilómetros, seguramente oculto por algún camuflaje, estaba esperando el avión para llevarse a los *invitados* una vez éstos hubiesen concretado con el doctor los términos del chantaje, en especial la cuota que deberían pagar cada mes.

Llevaban seis o siete minutos siguiendo las rodadas, cuando Cliff detuvo el coche y se apeó rápidamente, volviéndose hacia la caravana motorizada. Cuando todos se hubieron detenido, gritó:

—¡Las mujeres quédense en los coches! ¡Los hombres vengan a hablar conmigo!

¡Todos, pronto!

CAPÍTULO X

—Lo más fastidioso de todo este asunto —dijo Lucille— son los días que tenemos que esperar en la selva para regresar con los clientes.

—Pues no estamos tan mal aquí —dijo el piloto—. Y nunca estamos más de tres días.

—Por otra parte —añadió el copiloto, guiñando un ojo a una de las azafatas—, no creo que tengáis quejas de nosotros, ¿verdad?

Lucille y sus dos compañeras de servicio se echaron a reír maliciosamente. Estaban en el centro del avión, sentados o tumbados en los asientos para pasajeros, tomando licores.

Durante los días de espera, para evitar que el avión fuese visto demasiado, permanecían allí, y el aparato se convertía en una casa para ellos, bien camuflado con una red y ramajes que ya habían aprendido a manejar. La inactividad resultaba aburrida, pero habían encontrado desde el primer momento el modo de distraerse, aunque fuesen dos hombres y tres mujeres.

—De todos modos, se está mejor en un lindo hotel de Nassau, por ejemplo, que aquí metidos. Yo creo…

Se quedó mirando, atónita, boquiabierta, hacia el exterior, por entre el tupido camuflaje de ramas sostenidas por la red.

—¿Qué te pasa? —Alzó las cejas el piloto.

—Juraría que he visto… ¡Ya vienen!

—¿Quién viene? —Respingó Lucille.

—Pues ellos, los clientes; los invitados…

Se abalanzaron todos hacia las ventanillas, y, en efecto, en la oscuridad de la noche, por entre los ramajes, pudieron ver las luces de varios coches acercándose.

—¡Atiza! —se sorprendió el copiloto—. ¡Pues sí que han ido rápidos esta vez!

Normalmente están tres días, o cuatro, y luego tenemos que llevarlos a un lugar desde el que puedan ir, por su cuenta, a terminar las *vacaciones* en cualquier sitio agradable…

—No es normal —susurró Lucille.

—Sea lo que fuere, nuestra estancia en la selva será más corta esta vez. ¿Acaso vamos a quejarnos?

Hubo algunas risitas. El copiloto abrió la gruesa puerta de acceso al avión, y se quedó allí, esperando. Cuando llegasen, los de la casa colocarían la escalerilla también escondida allí fuera, los pasajeros subirían a bordo, y ¡adiós, selva!

—Limpiadlo todo bien —dijo Lucille, recogiendo vasos y botellas.

—¿Para qué? —rió otra—. Ahora ya no creo que les resultemos simpáticas, hagamos lo que hagamos.

De nuevo rieron todos. El piloto se fue hacia la cabina de mando. El copiloto seguía mirando hacia el exterior. En cuanto colocasen la escalerilla comenzarían a retirar la red de camuflaje, y podrían despegar inmediatamente. O esperar al amanecer, que no tardaría mucho, porque en el trópico las noches son tan cortas que…

—Pero ¿qué están haciendo? —exclamó el hombre, sobresaltado —. ¡Van a chocar contra el avión!

Todos acudieron a mirar de nuevo, pero no había cuidado. Los coches que llegaban, iluminando ahora la gran masa del camuflado aparato, no chocaron contra éste, sino que, simplemente, en lugar de detenerse a un lado y algo alejados, como siempre, se detuvieron rodeando el avión. Y luego, aún encendidas todas las luces de los coches, uno de los claxons comenzó a sonar.

—Algo ha ocurrido… —empezó el piloto.

—¡Eh, los del avión! —Les llegó la voz—. ¡Soy Carawan, o Nash, como prefieran! ¡Salgan todos de ahí con las manos en alto, o los vamos a asar con avión incluido! ¡Tienen un minuto para pensarlo!

Las azafatas y los tripulantes del avión se apresuraron a cerrar la gruesa puerta, y luego se quedaron mirándose unos a otros.

—¿Qué ha podido pasar allá? —mascculló el copiloto.

—Sea lo que fuere, ese Nash tiene todas las de ganar.

—¿Por qué? Tenemos un par de pistolas en el avión. Podemos decirle que…

—Piensa en algo que no sea una tontería —cortó el piloto—. Ese sujeto es detective privado, recuerda. No creo que podamos engañarle. Han colocado los coches de modo que jamás podríamos despegar, así que tendremos que ceder.

—¿Por qué? —Se mostró en desacuerdo Lucille—. Nosotros estamos a salvo de todo aquí dentro: tenemos de todo. En cambio, ellos, ahí fuera, están expuestos a todos los peligros, no tienen agua, ni comida, ni…

—Me parece que no has oído bien a ese Nash: ha dicho que si no salimos con las manos en alto, nos van a asar con avión incluido. O sea, que tenemos que elegir entre entregarnos, o ser asados vivos aquí dentro.

—No se atreverán a…

—¡Ya basta de tonterías! ¡Claro que se atreverán! Pueden prenderle fuego al avión, después de rociarlo con la gasolina de los coches… Considera el estado de ánimo de esa gente, Lucille. Ponte en su lugar: ¿quemarías tú este avión o no?

Hubo un sombrío cambio de miradas.

Luego, piloto, copiloto y azafatas, se entregaron con todos sus efectivos.

Uno de esos efectivos, por supuesto, era el propio avión. Un avión que, naturalmente, disponía de radio… De modo que, cuando a las diez de la mañana siguiente, el avión aterrizó en el Miami International Airport, la policía lo estaba esperando. Y uno de esos policías era el teniente Cassidy, de la Sección de Homicidios.

Este es el Final

—… Y ahora escucha el final del cuento, nietecita querida.

—Sí, abuelito.

—Bueno… Pues la policía se hizo cargo de todo, llamaron a Nueva Orleáns, detuvieron a toda aquella gente, y los metieron en la cárcel. También se pusieron en contacto con las autoridades de aquel país que tenía aquella selva donde estaba el zoo, y esas autoridades enviaron soldados y policías a la selva, y encontraron a los pobres seres vagando; algunos habían muerto, otros estaban locos para siempre, pero algunos de ellos se salvaron, porque fueron bien atendidos… ¿Me estás escuchando, nietecita?

—Sí, abuelito.

—¡Ah…! Bueno… Pues de todas aquellas películas no quedó nada, todo se quemó, incluidos los cadáveres del doctor y la doctora. Y aquella gente que tenía mucho dinero, aprendió la lección, y comprendió que en la vida hay algo más que divertirse a costa de lo que sea, y ahora deben estar muy tranquilos, y esperemos que dispuestos a ser mejor con sus semejantes… ¿Te ha gustado el cuento?

—Sí, abuelito.

—Muy bien. Pues ahora a dormir, nietecita querida.

Y dicho esto, Clifford Nash apagó la luz de la mesita de noche, y acabó de tenderse junto a Ophelia Nash, en la gran cama que ocupaban en el Solicielo Hotel de Jamaica, adonde habían ido en luna de miel, para olvidar que alguna vez habían estado en un zoo.

Desde allí, en la lujosa *suite* que ocupaban, sólo podían oír el rumor del mar. La luna, tan caprichosa, volvía a estar en su fase llena, y teñía de color plata la terraza.

Seguramente estaba como flotando sobre el mar, formando un

camino brillante…

—Abuelito…

—¿Qué, nietecita?

Una mano de la señora Nash se deslizó por el velludo pecho del señor Nash, que se estremeció…, y no de miedo, precisamente.

—Cuéntame otro cuento —susurró ella.

El detective privado se volvió hacia su flamante esposa. Y esta vez lo era de verdad. La luna es tan romántica… A su luz, el cuerpo de Ophelia relucía como si fuese de plata. Y hacía brillar sus ojos, y sus labios húmedos, frescos, y… y llenos de miel…

—¡Caracoles…! ¿Otro cuento? ¿No preferirías dormir, nietecita?

—No, abuelito.

—Pues no se me ocurre ningún cuento más —confesó Cliff Nash, besando a su esposa—. ¿De verdad no tienes sueño?

—No, abuelito.

—¡Vaya…! ¿Qué podríamos hacer?

—Abuelito: tengo una botella de champaña escondida, y se me ocurre que tú y yo podríamos salir de la cama, ir a la playa, tendernos allí y contar las estrellas.

—Hay muchas —susurró Nash.

—Así estaremos más tiempo.

—Desde luego, eres bien caprichosa… ¿Y dices que tienes escondida una botella de champaña?

—Si, abuelito.

—Está bien —suspiró el abuelito de treinta y cuatro años—, vamos a la playa. Pero no te olvides el champaña.

Quizá eran las tres de la madrugada cuando los señores Nash llegaron a la playa privada del hotel, y se tendieron sobre la fresca arena. Parecían estar solos en el mundo. Y el mar era tan hermoso, la noche tan tibia… Se oía el rumor de las olas; y luego, el chocar de dos copas de champaña; después, el suave suspiro femenino…

—Abuelito…

—¿Qué?

—Siempre pensé que sucedería con champaña…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…